

Mónica Benítez

DETRÁS
DE SUS
CARICIAS

relatos lésbicos

DETRÁS DE SUS CARICIAS

RELATOS LÉSIBCOS

Mónica Benítez

Copyright © 2018 Mónica Benítez

Todos los derechos reservados.

Agradecimientos

A mi amiga “*Eli todoterreno*”.

Mi compañera de montaña, de viajes y de confesiones.

La que sube las paredes conmigo.

La que me empuja sin saberlo.

No apagues la radio nunca.

Y a ti, por tener este libro entre tus manos.

Como dato curioso o por si te lo preguntas te diré que de estas cinco historias: dos son completamente inventadas, dos están inspiradas en algo que me pasó y una es real. Evidentemente todos los nombres de esta última están cambiados y las situaciones modificadas, hay partes reales y partes totalmente inventadas, pero el mensaje es auténtico.

Índice

[Ha sido sin querer](#)

[Detrás de sus caricias](#)

[Mi novia busca novio](#)

[3D'S](#)

[Cierra los ojos](#)

Ha sido sin querer

Por suerte me gustaba madrugar y ya llevaba un rato levantada cuando el timbre de mi diminuto apartamento sonó. Abrí la puerta con desgana, desde que vivía allí solo había una persona que llamaba a mi puerta de vez en cuando, Alfonso, el vecino del primer piso. Era un hombre bajito y rechoncho que vivía con su madre, bueno, cuidando a su madre para ser exactos. A mí me parecía muy bonito la verdad, para qué pagar a una extraña cuando él podía hacerlo, con quién iba a estar mejor una madre que con su hijo.

En fin, a veces Alfonso me pedía ayuda cuando quería llevar a su madre a dar una vuelta. Ella iba en silla de ruedas y la puerta de nuestro edificio no solo no se aguantaba sola, sino que además la entrada todavía no estaba habilitada con la rampa para minusválidos, así que yo solía bajar para ayudarlo siempre que estaba en casa. La verdad es que no me importaba hacerlo, mi vecino era terriblemente amable y me hacía mucha gracia su acento andaluz. Ojalá esa mañana me hubiese llamado para lo de siempre.

—Buenos días Alfonso...

—Buenos días Begoña, ¿Qué te iba a decir? ¿Tú tienes un Ibiza negro verdad?

—Sí... ¿Por qué? —pregunté alarmada.

Antes de que me respondiera yo solita deduje que algo le había pasado a mí coche, estaba claro, si no ¿a qué venía su pregunta? Pero supongo que en el fondo tenía la esperanza de que no fuese así, aunque teniendo en cuenta la suerte que estaba teniendo durante los últimos tres meses era imposible esperar una buena noticia.

—Es que te acaban de dar un golpe...bueno en realidad ha sido un buen golpe, creo que tendrías que bajar a verlo...

¿Un buen golpe? ¿Cuánto era para él un buen golpe? Ojalá fuese verdad

eso de que los andaluces son un poco exagerados.

Cogí las llaves del coche y el móvil, y mientras bajaba con Alfonso él me iba preparando para lo que me iba a encontrar.

—No lo he mirado muy bien, pero creo que te ha arrancado el parachoques. Por suerte te ha dejado una nota...

El corazón me dio un vuelco, podía soportar que me hubiesen rascado el coche o que me lo hubiesen aboyado un poco, pero un parachoques arrancado significaba que probablemente no podría circular con el coche hasta que me lo arreglaran, y yo necesitaba el puto coche para ir a trabajar. Lo de la nota era un detalle sí, pero no dejaba de ser una putada. Bajé las escaleras rápido y por fin llegué a la calle, mi coche estaba aparcado unos metros más abajo y desde el portal ya podía ver trozos pequeños esparcidos por la calle y mi parachoques delantero descolgado en el suelo. Cuando me puse delante vi el alcance de los daños, el parachoques estaba totalmente arrancado por el lado izquierdo y partido por la parte central, la aleta estaba hundida y el faro reventado, por la parte que el parachoques había dejado al descubierto se veía una chapa completamente doblada hacía afuera y unos cables arrancados de cuajo.

Me eché las manos a la cabeza, pensé que me iba a dar un ataque allí mismo y cuando me giré, vi que varios vecinos estaban allí conmigo.

—¿Alguien lo ha visto? ¿Qué coño ha pasado? —pregunté cabreada.

Porque lo cierto es que no conseguía imaginarme como teniendo el coche perfectamente aparcado me lo habían destrozado de esa manera. Pero resulta que varios vecinos habían visto el espectáculo. Al parecer delante de mi coche había un espacio vacío enorme, así que la chica que me había arrollado decidió entrar de cara sin hacer maniobras, y claro, calculó mal, se cerró demasiado y se llevó mi coche por delante, tan sencillo como eso. Un puto error de cálculo de una comodona y yo me había quedado sin coche durante vete tú a saber, y encima era sábado, así que hasta el lunes ya no podía hacer nada.

—Es ese—me dijo un vecino.

—¿Eh?

—El que te ha dado, es ese coche...

Ni siquiera me había fijado, justo delante de mi coche había un todo terreno mal aparcado, estaba ligeramente en diagonal y la parte trasera ocupaba parte de la calle. No solo me había dado, sino que había aparcado como el culo y se había ido tan ancha. Resulta que la tía petarda no estaba allí, le había dicho a un vecino que entre que me avisaban y eso, que aprovechaba para hacer un recado. Menuda jeta. Miré en el cristal delantero de mi coche y bajo el parabrisas vi un diminuto papel con un número de teléfono y un nombre, Marta. Supuse que lo había dejado por si yo no estaba en casa cuando fueran a buscarme.

Empecé a sacar fotos de mi coche, por si acaso...y de paso miré el suyo, solo vi un pequeño boyo en la parte delantera, algo insignificante comparado con lo que le había hecho al mío.

—Hola—escuché que me decían con alegría justo cuando guardaba el móvil.

Alcé la vista y vi a una chica que me miraba sonriente.

—Perdona—sonrió—yo soy la que te ha dado el golpe, pero bueno, podría haber sido peor ¿no? —dijo así, como si nada.

Claro que podía haber sido peor, la muchacha podría haber conducido un tanque y haber pasado por encima de mi coche sin inmutarse. Me dio rabia su comentario, yo me había quedado sin coche y ella parecía no darle importancia, pero claro, es que solo había que verla. Era la típica niña de papá que sale en las películas, no podía ser más refinada, el pelo rubio perfecto, uñas inmaculadas, ropa de primeras marcas y un coche a prueba de bombas para que la niña pudiese ir por ahí aparcando como le diera la gana.

—Podría haber sido peor, pero hubiera sido mucho mejor que hubieses tenido cuidado joder, más que nada porque así yo seguiría teniendo con que ir a trabajar...—contesté de malhumor.

—Bueno tampoco hace falta que te pongas así, ha sido sin querer...también podría haberme marchado y dejarte aquí con el marrón.

—No, si encima tendré que darte las gracias...

—Pues mira sí, se llama civismo ¿sabes?

Buff, tuve que morderme la lengua, porque en el fondo tenía razón la pija de los huevos, podría haberse dado a la fuga y yo estaría sin coche y sin dinero para arreglarlo. Además su tono me hizo mucha gracia, porque, aunque intentó sonar ofendida o enfadada se quedó muy lejos de conseguirlo. Me la imaginé colocando las manos en jarra sobre su cintura y meneando la cabeza como Michael Jackson en Thriller. Así que suspiré profundamente e intenté calmarme, al fin y al cabo, el daño ya estaba hecho.

—Si sacas un parte lo rellenamos ahora mismo, a mí no me quedan—dijo con una sonrisa de nuevo.

No me extraña que no le quedasen partes si conducía así de bien. Saqué uno y empecé a mirarlo nerviosa, yo nunca había rellenado ninguno y allí había demasiadas casillas y cosas que completar.

—Dame, ya lo hago yo—dijo quitándomelo de las manos con la expresión totalmente relajada.

¿Qué le pasaba a esa tía? ¿Se había fumado un porro?

Se apoyó en el capó de mi coche y empezó a rellenarlo con soltura, como si supiera de memoria lo que debía poner en cada sitio, joder parecía una experta. Cuando terminó de rellenar su lado me lo pasó y yo empecé a rellenar los campos que me correspondían basándome en los que había completado ella, entonces vi que había hecho el dibujo del accidente con el coche A y el B.

—Te has equivocado—le dije.

—No, está bien hecho... —afirmó observándolo curiosa.

—No, aquí has puesto que me has golpeado con la parte trasera de tu

coche y el golpecito lo tienes en la delantera.

—Ah, no, ese es de la semana pasada, a ti te he enganchado con la parte trasera, lo que pasa es que mi coche no se ha hecho nada.

Joder me quedé muerta, habló del otro golpe como si nada, como si fuera habitual en ella hacerlo, desde luego con chicas como ella no me extraña que las mujeres tengamos fama de conducir mal...

Poco a poco los vecinos y los mirones de la calle fueron desapareciendo, supongo que cuando vieron que no íbamos a pelearnos empezaron a perder el interés en seguir mirando. Al final nos quedamos solas rellenando el parte de accidente y en parte me alegré, porque con lo nerviosa que me había puesto la verdad es que me molestaba bastante tenerlos por detrás murmurando unos con otros.

—¿Te llamas Begoña? Que nombre más bonito... —afirmó Marta tras mirar el parte.

La verdad es que la chica era agradable por naturaleza, también tenía un cierto aire inocente, y si a eso le sumabas que no dejaba de sonreír pues la verdad es que cada vez se me hacía más difícil enfadarme con ella. No era una chica guapa o exuberante, pero era de esas que tienen algo, algo que gusta, y supongo que su eterna simpatía tenía mucho que ver con eso.

—Gracias, aunque prefiero que me llamen Bego, Begoña no me gusta mucho...suen a mujer mayor...

—¿A ver?

Cogió el parte y empezó a mirar mis datos otra vez.

—Anda, pero si tenemos la misma edad—dijo emocionada— ¿Te consideras mayor con veintisiete años?

No pude evitar reírme, primero porque se había puesto contenta como una niña pequeña, solo le faltó dar unos cuantos saltitos, porque las palmaditas las dio. Y segundo porque no había entendido lo que le había dicho, cualquiera

hubiera pensado que la muchacha era un poco tontita pero yo supe que no, simplemente era así de inocente, su nivel de picardía era cero y seguramente vivía en los mundos de yupi sin demasiadas preocupaciones, tenía pinta de ser la típica bonachona a la que todos se acercaban por interés.

—No me considero mayor, solo digo que parece un nombre de mujer mayor... —especifiqué.

—Pues a mí me encanta...

Sonreí resignada y seguí rellenando el parte.

—Está ahí—dijo señalando una zona del recibo de mi seguro tras verme mirarlo detenidamente.

—¿Eh?

—El número de póliza, está ahí arriba...

Se acercó lo suficiente a mí como para señalarme el número en el papel, pero sin invadir mi espacio, algo que yo agradecía mucho, no soporto a la gente esa que se apropia hasta de tu aire.

—Gracias...pues con esto creo que ya está todo ¿No? —pregunté.

Porque claro, ella era la experta.

—¿A ver...? sí, solo te falta firmarlo y habremos terminado.

Lo firmé y ella me entregó mi copia y se quedó con la suya.

—El lunes a primera hora lo presentaré en el seguro para que no tengas problemas. ¿Tienes mi número verdad? —preguntó.

—Sí, creo que sí...

Empecé a buscar en mis bolsillos, pero no encontraba el papelito que me había dejado, miré también en el asiento de mi coche, nada, no aparecía.

—No importa, dime el tuyo y te hago una perdida, así si tienes cualquier problema con el seguro me puedes llamar...

La verdad es que no entendí porque tenía que darle yo mi número, bastaba con que ella me apuntara el suyo en otro papel, pero no sé porque no me importó hacerlo.

—En realidad me sabe fatal lo que ha pasado Bego, sé que a veces parece que no le doy importancia a las cosas, pero lo hago sin querer, te juro que no es voluntario—dijo llevándose una mano al pecho.

No pude evitar reírme otra vez, la verdad es que era muy graciosa cuando hacía esos gestos con su rostro siempre apacible.

—Tranquila, no te preocupes, el lunes llamaré a la grúa y que se ocupen las compañías.

—Bueno, pues gracias por no enfadarte, y sobre todo si necesitas cualquier cosa, no sé, que te lleve a algún sitio este fin de semana, o lo que sea, llámame ¿vale?

—No hace falta, no pretendía salir de casa en todo el fin de semana así que tampoco necesito el coche.

Tras eso se acercó a mí y me estampó dos sonoros besos en las mejillas, me sorprendió tanto que me quedé inmóvil tras sentir un extraño cosquilleo en el estómago cuando sus labios me rozaron, noté su calor corporal envolverse como si fuera una manta suave en invierno. Su pelo suelto y fino me hizo cosquillas en el cuello y su perfume me embriagó hasta dejarme sin habla.

—Ha sido un placer Bego, aunque las circunstancias no hayan sido las mejores...

Me limité a asentir embobada mientras se daba media vuelta y se subía en su todo terreno en busca de su siguiente víctima.

¿Qué me había pasado? Yo conocía esa sensación, ya me había pasado

antes, con hombres, solo con hombres, siempre con hombres...Me volví a mi apartamento bastante preocupada por lo que había sentido, intentando convencerme de que había sido una confusión de mi mente, había pasado muchos nervios y tal vez había mal interpretado lo que había notado, sí, seguro que era eso, o a lo mejor no, porque si no ¿Por qué me pasé toda la tarde mirando el móvil con la esperanza de ver un mensaje de Marta? ¿Por qué estuve pensando en mil excusas para dejarle yo uno después de que me hiciera una llamada perdida?

Esa noche me costó mucho conciliar el sueño, no podía dejar de pensar en ella, en la mujer que por su absoluta despreocupación me había dejado sin coche. Marta me había hecho una putada enorme, y aunque al principio me había enfadado ahora me alegraba de que hubiera sucedido. No podía dejar de darle vueltas al asunto, y lo que más me sorprendía era que en lugar de estar preocupada por sentirme atraída por una mujer, lo único que me inquietaba era saber si a ella le había pasado lo mismo que a mí, si se sentiría igual que yo, aunque suponía que no, no tenía pinta, y desde luego con lo borde que había sido con ella al principio y lo impasible que me había mostrado al final era imposible que se hubiera sentido atraída por mí.

La mañana del domingo pensé en llamarla, en invitarla a desayunar con la excusa de que quería disculparme por mi comportamiento del día anterior, o tal vez decirle que había dejado el parte encima de la mesa y en un descuido se me había mojado y necesitaba que lo repitiésemos, o simplemente decirle que me apetecía volver a verla...joder, me estaba volviendo loca.

Me quedé sentada en el sofá contemplando el móvil entre mis manos temblorosas, deseosas de marcar su número y de ignorar a esa parte de mi subconsciente que me decía que era una mala idea, que haría el ridículo, que Marta me rechazaría y después se reiría de mí con el resto de pijas de su club de campo.

De pronto mi móvil empezó a sonar y casi se me cae de las manos cuando vi que era ella, Marta me estaba llamando. Y de repente me sentía aterrada...

—¿Sí? —contesté como si no supiese que era ella.

—¡Hola Bego! Soy Marta... —contestó con entusiasmo.

Al oír su voz llena de alegría se me pasaron todos los miedos y de nuevo un hormigueo que me gustó mucho me recorrió todo el cuerpo. Es una suerte que ella no pudiese ver mi cara en ese momento porque tenía una sonrisa de oreja a oreja solo por el hecho de que ella me había llamado, daba igual lo que quisiera, aunque solo fuera un dato que se me hubiera olvidado poner en el parte, lo importante para mí, en ese momento, era que me había llamado. Escuchar su voz al otro lado del teléfono me pareció una de las cosas más agradables que había hecho nunca.

—Hola Marta...

—¿Tienes algún plan para esta tarde? ¿No verdad? Bueno, es que ayer dijiste que no pensabas salir si no recuerdo mal...y he pensado que a lo mejor te apetecía ir conmigo al cine o a tomar algo, aunque si tienes algún plan no pasa nada...

Joder, como hablaba...

—No, quiero decir que no...que no tengo ningún plan Marta, me parece una idea estupenda lo del cine.

—Oh, que bien, perfecto. Te paso a recoger a las seis...

Por el entusiasmo que mostraba por teléfono podía imaginármela otra vez dando saltitos y no pude evitar sonreír de nuevo. Yo no era una persona precisamente alegre, tenía un carácter más bien serio, y las personas como Marta, tan predisuestas siempre para pasarlo bien, me solían poner bastante nerviosa. Pero por algún motivo ella ejercía en mí justo el efecto contrario, me estaba contagiando su entusiasmo incluso por teléfono, Marta había activado algo en mí, un botón que nadie antes había encontrado y que me hacía sentir muy bien.

—Nos vemos a las seis...

No quise crearme expectativas, no esperaba que ella sintiera lo mismo, así que acudí a mi cita con ella con la única idea de conocer a una nueva

amiga. Marta fue puntual, y a las seis en punto se plantó en mi calle. Contra todo pronóstico se bajó del coche solo para saludarme, yo no lo hubiera hecho por supuesto, era así de sosa, pero ella me abrazó con alegría y me besó de nuevo las mejillas. Esa vez sí que estuve ágil y le devolví los besos, aunque no el abrazo, no me dio tiempo, no me esperaba que me lo diera y cuando me di cuenta mis brazos estaban pegados a mi cuerpo, eran prisioneros de los suyos rodeándome.

De camino al centro comercial pensé que iba a sufrir un infarto en al menos cinco ocasiones, Marta era terrible al volante, aún tenía que dar gracias por lo poco que le había hecho a mi coche teniendo en cuenta lo mal que conducía. Creo que nunca había pasado tanto miedo yendo de copiloto. En un par de ocasiones estuve a punto de gritarle que parara el coche y me dejara conducir a mí antes de que matara a alguien, pero en ambas me callé porque cuando la miraba me daba cuenta de que ella era tremendamente feliz y desconocedora de lo mal que conducía. No paraba de hablar y sonreír a la vez que daba frenazos, volantazos y acelerones mientras los demás conductores le pitaban una y otra vez. Marta era un peligro público y para ella misma, pero aun así me parecía una mujer increíble.

Ella escogió la película, no recuerdo el título ni sé de qué trataba, porque Marta se pasó toda la película sin parar de hablar, y lejos de molestarme me encantaba oírla. Hablaba de todo, de su trabajo, de su familia, de sus hobbies...cualquier cosa que se le pasaba por la cabeza la soltaba, pero no solo hablaba de ella, también me hacía preguntas, quería saber cosas de mí y eso me gustaba.

Supongo que la película debía de ser una mierda porque la sala estaba prácticamente vacía, lo cual me alivió, aunque me encantaba escucharla tengo que reconocer que a mí me hubiese molestado mucho tener cerca a alguien que no paraba de susurrar.

Casi al final de la película me preguntó si me apetecía dar un paseo cuando saliéramos del cine.

—Un paseo andando ¿no?

Tenía que asegurarme, aunque me apetecía muchísimo dar ese paseo con

ella estaba dispuesta a negarme si me decía que quería darlo en coche...

—Sí, claro, ¿Cómo paseas tú? —preguntó guasona.

Le sonreí y ella me regaló un cálido y lento beso en la mejilla. Y ese beso fue el que me desconcertó, ese no venía a cuento, no había un motivo para ello, tan solo estábamos hablando y disfrutando de una tarde de cine sin ver la peli. ¿Por qué me había dado ese beso? ¿Y por qué lo había alargado como si intentara saborearlo?

—Lo siento, ¿te ha molestado? —preguntó ante mi cara de sorpresa.

—No, no me ha molestado...todo lo contrario Marta...

Me miró con los labios entreabiertos y yo le devolví la mirada con el mismo gesto. Muy despacio empezamos a recortar la distancia que separaba nuestros labios, cuanto más cerca de ella me encontraba más se aceleraban los latidos de mi corazón. Justo cuando ladeábamos la cabeza para que nuestras narices no molestaran, las luces de la sala se encendieron. La película había terminado y acabó con las posibilidades de mi esperado beso con Marta.

Nos levantamos en silencio y salimos de la sala hasta llegar a la calle. Allí, y sin decirme nada, me cogió de la mano y empezó a caminar. Era perfecto, el silencio, el contacto con su casi congelada mano, la brisa que anunciaba la ya entrada noche y nosotras dos sin parar de caminar y sin necesidad de hablar, solo paseando. Disfrutando de la compañía de la otra.

Como habían cambiado mis sentimientos hacia esa mujer si los comparaba con el primer momento en el que la vi y la odié, hasta ese momento en el que hubiese caminado con ella hasta encontrar un camino en el más frondoso de los bosques.

Marta escogió muy bien su ruta, caminamos por las calles más antiguas de la ciudad, las que estaban llenas de adoquines todavía húmedos por la lluvia que había caído mientras estábamos en el cine, las que estaban adornadas con farolas que dejaban ver la humedad alrededor de su luz amarillenta, y las que desembocaban cerca de un puente de piedra que atravesaba un río en cuyas aguas oscuras por la noche se reflejaba la luz de la luna.

Empezamos a cruzar el puente despacio y cuando estábamos más o menos en la mitad, yo me detuve y la detuve a ella. Se giró sonriente y complacida y tiré de su mano para acercarla más a mí, para tenerla muy cerca, lo suficiente como para sentir el contacto de su cuerpo contra el mío y poder sujetar su cara entre mis manos antes de besarla despacio, sin preguntarle si quería. Obedecí a mis instintos sin temor a ser rechazada, ya que la mirada llena de deseo de Marta me hacía estar convencida de que ella también quería.

Dejamos que nuestros labios entraran en contacto muy despacio, pude sentir el calor que desprendía su aliento invadiendo todo mi cuerpo, saboreé a Marta con cuidado y permití que su lengua se hiciera un hueco entre mis labios para buscar la mía con exquisita delicadeza. El hormigueo me invadió de la misma forma que el contacto de mis manos en su cara me quemaba de forma agradable.

—Me gustaría hacerte feliz—susurró.

—No has de esforzarte mucho para eso Marta, lo seré si me dejas conducir a mí...

—¿Lo hago muy mal verdad? —se quejó sonriendo entre mis labios.

—Horrible...—contesté besándola de nuevo.

Detrás de sus caricias

Esa noche Marcos me estaba haciendo disfrutar mucho más que nunca sin saberlo. Por la tarde se había lesionado la pierna en el trabajo y supongo que el dolor no le estaba permitiendo penetrarme con el mismo ritmo acelerado que solía hacerlo cuando era él el que estaba en posición dominante. No es que no disfrutara del sexo con mi marido, todo lo contrario, aunque su ritmo no solía ser el que a mí me hubiese gustado, él se aseguraba siempre de complacerme. Si mi orgasmo no llegaba antes o junto al suyo, él se encargaba de culminarlo con su mano o con su lengua. Marcos jamás me había dejado a medias.

Creo que puedo decir que Marcos estaba muy cerca de ser el hombre perfecto, el que cualquier mujer desearía tener a su lado. Era atento, cariñoso, detallista y simpático, y además me hacía disfrutar en la cama. No era un hombre guapo, pero todos esos detalles hacían que a mí me pareciera terriblemente atractivo. Por decir algo, diré que tal vez los únicos defectos que había encontrado en mi marido en los tres años que llevábamos casados eran que a veces era tan cariñoso que se me hacía empalagoso, tenía que quitármelo de encima en muchas ocasiones aunque siempre de forma divertida, nunca le puse una mala cara, yo era sincera con él y le decía que era muy pesado, él se reía, me besaba y después se sentaba en el sofá a ver la tele.

Otro de sus defectos quizá fuera que era demasiado tranquilo, tanto que me ponía nerviosa algunas veces, y por último que ronca, no ronca fuerte, pero lo hace. Siempre he pensado que no tengo derecho a quejarme de los defectos de este hombre, de hecho ya me he acostumbrado a sus ronquidos y ni siquiera me molestan.

Como digo, esa noche Marcos me lo estaba haciendo al ritmo que a mí me gustaba, y como no era yo la que se estaba esforzando me estaba resultando un encuentro terriblemente placentero, pero entonces llegó ese momento, ese pequeño detalle que mi marido tenía siempre que hacíamos el amor. Solo que en esa ocasión iba a cambiarlo todo.

Desde siempre le había gustado preguntarme si me gustaba, las primeras veces he de reconocer que no me gustó nada que lo hiciera, me hacía pensar que lo único que necesitaba era satisfacer su ego y su orgullo de macho, pero poco a poco me fui dando cuenta de que no era eso, Marcos realmente estaba interesado en complacerme, y entonces pasó de no gustarme que me hablara a excitarme tremendamente que lo hiciera. Su pregunta siempre era la misma, y solía hacerla cuando me arrancaba el primer gemido.

—¿Te gusta nena? —me susurraba con cariño.

Y mi respuesta también era siempre la misma.

—Mucho...

Pero desde hacía tres meses esa pregunta hacía que me estremeciera durante unos segundos, porque me devolvía a la realidad, y la voz fuerte y ronca de mi marido me recordaba que era él el que me estaba haciendo retorcerme de placer, eran sus caricias las que me extasiaban, era él, no era ella...

Marcos era profesor de artes marciales, hacía un año que habíamos invertido todos nuestros ahorros y habíamos abierto un pequeño Dojo para que él pudiera dar clases. La verdad es que no nos iba nada mal, en poco tiempo las clases se fueron llenando, y entre mi trabajo como diseñadora de interiores y los ingresos del Dojo, vivíamos muy desahogados.

Desde que lo abrimos él siempre me pedía que fuera a verlo, que me pasara alguna tarde después del trabajo y viera como eran sus clases. Pero la verdad es que a mí no me motivaba nada la idea de meterme allí, en aquel espacio tan pequeño con más de veinte personas sudando y dándose tortazos. Pero como digo él era complaciente conmigo, así que una tarde decidí darle una sorpresa y cuando salí del trabajo me pasé para ver una de sus clases. No era la única que estaba allí observando, siempre solía haber posibles alumnos que miraban la clase para ver si era lo que buscaban o gente como yo, familiares que esperaban a los suyos. Cuando Marcos me vio me guiñó un ojo complacido, debo decir que me encantó aquel detalle, pero me gustaba todavía

más verlo con su kimono y la piel perlada por el sudor. Estaba muy guapo.

Pocos minutos después aquella clase terminó y mi marido se acercó a mí y me besó orgulloso delante de toda la clase, y bueno, eso también me gustó mucho la verdad. Me di cuenta de lo terriblemente enamorada que estaba de él y esa noche decidí complacerlo todavía más. Teníamos un sillón en casa que a él le encantaba, pero todavía le gustaba más cuando yo me desnudaba y me sentaba a horcajadas sobre él para hacerle el amor, y eso fue lo que hice...

—Prométeme que vendrás más veces a verme—me pidió tras correrse dentro de mí.

—Prometido...

Y cumplí mi promesa, pocos días después volví al Dojo, y ojalá no lo hubiese hecho...

Ese día decidí hacer uso del privilegio que me otorgaba ser la dueña y no me quedé con la gente que había en la entrada mirando, pasé por el lateral del tatami y me senté en un banco pegado a la pared, cerca de los vestuarios, no me apetecía que me hablase nadie.

Podía ver a los alumnos por allí moviéndose y oír a Marcos diciendo que hacer todo el rato, pero en realidad no les prestaba atención ni a ellos ni a él, tenía la mente centrada en un proyecto nuevo que me acababan de dar y no conseguía quitármelo de la cabeza, me tenía un poco nerviosa.

De pronto Marcos apareció a mi lado y me preguntó si estaba bien sin dejar de observar a sus alumnos, yo le contesté que sí y decidí esforzarme un poco para parecer interesada en su clase. Empecé a escrudiñar a sus alumnos uno por uno, era una clase de adultos de todas las edades, había tanto gente joven, como una mujer y un hombre que debían estar rondando los sesenta. En aquel momento estaban todos formados ante Marcos, cuatro filas de cinco alumnos cada una, repitiendo los movimientos que él les indicaba, no podía ver bien a los de las dos últimas filas pero ese problema se resolvió cuando mi marido los hizo rotar y dejó a aquella mujer justo delante de mí.

Cuando me vio me dedicó una sonrisa preciosa y no pude evitar devolvérsela, fue algo instintivo que no fui capaz de controlar, me gustó que me sonriera, así de sencillo. Ella estaba allí...de pie delante de mí, con la casaca del kimono mal puesta y sobresaliendo por encima de su cinturón amarillo, probablemente en algún movimiento se le había salido. Llevaba su larga melena rojiza recogida en una trenza de la que ya se habían escapado varios mechones, estaban pegados por su cara gracias al sudor. Tenía los ojos de un color azul muy intenso, la piel pálida y la cara salpicada de pecas apenas perceptibles. Era de estatura media y atlética, por debajo de las mangas anchas del kimono podía ver sus brazos tatuados hasta el punto de que prácticamente no quedaba resto de su pálida piel hasta donde alcanzaba mi vista. Debajo de la casaca llevaba una camiseta negra escotada, que aunque no mostraba más de lo que debiera, sí que insinuaba unas curvas redondas y perfectas.

Yo había ido allí con la intención de pasar un rato y después volver a casa a preparar la cena para cuando Marcos volviera, esa era la penúltima clase de la tarde, todavía le quedaba la de adultos avanzados pero en el momento en el que ella apareció allí, no pude evitar quedarme hasta la siguiente. La observaba con disimulo para no incomodarla ni parecer descarada, aunque la que realmente estaba incómoda allí era yo, tenía a mi perfecto marido a dos metros escasos de mí y solo tenía ojos para ella. Había algo en aquella chica que me atraía sin que yo pudiese poner remedio, era algo incontrolable, no me había pasado nunca, el corazón me latía con fuerza cada vez que mi mirada se cruzaba con la suya o cuando uno de sus movimientos a mi lado me hacía llegar su olor corporal, incluso sudada me parecía que olía bien.

Cuando la clase terminó se quitó la casaca antes de entrar en los vestuarios y me dejó ver lo que yo ya temía, unos brazos completamente tatuados. También pude calcular que debajo de su camiseta tenía unos pechos de tamaño medio, redondos y bien colocados, me sonrió y se metió en el vestuario. Estuve tentada de quedarme hasta que saliera, pero decidí que era mejor olvidar lo que había sucedido y centrarme en el hombre con el que compartía mi vida. Me acerqué, me despedí de él y me fui a casa paseando lentamente, intentando que el aire frío me hiciera volver a la normalidad, pero no lo conseguí, no podía quitármela de la cabeza.

Esa fue la primera noche que me pasó, cuando nos acostamos mi marido me buscó y me encontró sin excusas. Me sentía excitada y ansiosa, estaba segura de que el sexo con él haría que me olvidara de esa extraña tarde con esa extraña mujer de la que ni siquiera sabía el nombre, pero no fue eso lo que ocurrió, fue mucho peor, en cuanto mi marido me penetró y cerré los ojos para dejarme llevar por su empuje, ella apareció en mi mente.

La veía con total claridad, casi podía sentir su olor y de pronto, pasé de sentir las caricias de las manos grandes y rudas de mi marido sobre mis pechos, a sentir las de unas manos finas y suaves, y de sentir unos besos ásperos que me irritaban la piel con frecuencia por culpa de su barba de tres días, a sentir la calidez y la ternura de unos labios cálidos y de terciopelo. Esa noche no fue Marcos el que me llevó al orgasmo, fue ella, ella en mis pensamientos fue la que me hizo sentir un placer exquisito que solo fue interrumpido durante unos segundos por la habitual pregunta de mi marido.

Me dormí sintiendo que había traicionado a Marcos, aunque no había sido algo físico para mí había sido real, la había sentido dentro de mí. Me intenté engañar pensando que solo pasaría esa vez, que no habría una siguiente, que había sido culpa del estrés que me había provocado el nuevo proyecto, que equivocada estaba.

Al día siguiente me levanté pensando de nuevo en ella, quería verla otra vez. Tenía la esperanza de que cuando lo hiciera se me pasara el encantamiento que me había provocado, que hiciera o dijera algo que me obligara a odiarla, pero claro, eso no iba a pasar, y yo era consciente de ello cuando pensé en volver a verla.

Sabía los horarios y los niveles de todas las clases del Dojo, y el día que la vi era martes, estaba en la clase nocturna de adultos principiantes que iban del cinturón blanco hasta el naranja. Todos los niveles tenían dos clases semanales, y en su caso eran los martes y los jueves.

Me pasé toda la mañana del jueves inquieta y totalmente ausente en el trabajo, mi secretaria tuvo que repetirme las cosas no sé cuántas veces porque era incapaz de concentrarme, tenía ganas de verla, pero también me odiaba a

mí misma por tenerlas. Intentaba sacarla de mis pensamientos poniendo en su lugar a Marcos, pero a él ni siquiera conseguía verlo con nitidez, era como una sombra borrosa que se acababa difuminando en cuestión de segundos para dejar paso a la figura de la pelirroja.

—Sara, tu marido está aquí—me anunció mi secretaria.

Por un momento el corazón se me desbocó, y no fue precisamente porque me alegrara de su visita, fue porque estaba tan sumida en mis pensamientos que me sentí como si acabara de pillarme in fraganti.

—¿Te he asustado? —preguntó después de besarme.

—No, perdona amor, es que estaba distraída pensando en el proyecto nuevo.

Esa fue la primera mentira que dije en su nombre.

—Pero recuerdas que habíamos quedado para comer ¿no?

—Sí, claro, cojo el bolso y nos vamos.

Esa fue la segunda, lo había olvidado por completo.

Durante la comida, Marcos no dejaba de hablar entusiasmado de las perspectivas de ampliar los horarios de las clases debido a la cantidad de gente que poco a poco se estaba apuntando. Yo intenté concentrarme en él con todas mis fuerzas, y durante muchos momentos lo conseguí y me sentí bien, era como si el amor por mi marido le ganara la batalla a mis pensamientos ocultos, pero había otros momentos en los que ella volvía a aparecer y yo solo podía pensar en las ganas que tenía de que llegara la hora de su clase.

Cuando crucé la puerta del Dojo un terrible sentimiento de culpa me invadió, porque mi marido me miró de nuevo entusiasmado, orgulloso de que su mujer estuviera allí para verlo a él. Que bonita es la ignorancia a veces, no sé con qué cara me hubiera mirado si supiera lo que realmente hacía yo allí, lo que ocupaba todos mis pensamientos desde aquella última tarde que fui a

verle, o la tremenda excitación que sentí cuando la vi de nuevo.

Me quedé petrificada al lado de la puerta, sin saber si quedarme allí o cruzar al otro lado del tatami para tenerla más cerca. Durante unos instantes me planteé la opción de salir por donde había entrado y no volver a esa clase nunca más, pero había algo más fuerte que mi voluntad que me mantenía anclada al suelo, y ese algo era ella. Estaba hablando con un compañero, pero sus ojos estaban clavados en mí, sin miramientos, como si fuera incapaz de dejar de mirarme y me deseara tanto como yo la deseaba a ella. Entonces cogió su botella de agua y la toalla, y mirándome de reojo las colocó justo al lado del banco en el que yo me había sentado aquella vez, lo interpreté como lo que era, una clara invitación para que volviera a colocarme cerca de ella.

El corazón me iba a mil por hora, cada vez que ella tenía la oportunidad, se plantaba frente a mí y me miraba con gesto serio, como si le molestara sentir lo que fuera que sentía o le molestara mi presencia. Me estaba volviendo loca, ¿me deseaba o no me deseaba aquella mujer? Decidí ignorarla, o intentarlo al menos, así que saqué mi móvil y empecé a mirar fotos de la galería hasta que de pronto oí a mí marido.

—Vale, dos minutos para beber agua y seguimos.

Ni siquiera tuve tiempo de entender lo que eso significaba porque en cuanto alcé la vista, mi marido estaba hablando con un par de alumnos y ella se había agachado a mi lado para coger su botella.

—Espérame cuando termine la clase, me ducho en diez minutos...— susurró.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído, espérame fuera...

Su voz sonó dulce y autoritaria a la vez, y en cuanto me miró y vi sus labios todavía humedecidos por el agua supe que no tenía sentido negarme, no podía, deseaba con todas mis fuerzas poder verla fuera de allí y escuchar lo que fuera que quisiera decirme, pero aun así lo intenté. Creo que en un vago intento de limpiar un poco mi conciencia, supongo que para poder decirme a

mí misma cuando me arrepintiera que al menos había puesto de mi parte para evitarlo.

—Creo que es mejor que me marche ahora—susurré.

—¿Cómo te llamas?

¿A qué venía esa pregunta? Le estaba diciendo que me iba a ir y ella me preguntaba mi nombre. ¿Daba por hecho que iba a quedarme? No importaba, era cierto, no tenía ninguna intención de irme, así que contesté.

—Sara...

—Yo Adriana, es un placer Sara. Espero que cambies de opinión...me encantaría que charláramos un rato...

Dejó la botella en el suelo, me dedicó una mueca cariñosa y se volvió con el resto de la clase. Me encantó la seguridad que mostró cuando me habló y lo discreta que fue con nuestra corta conversación. Diría que volví a plantearme la opción de irme pero no es cierto, me quedé esperando, y en cuanto la clase finalizó besé a mi marido y me despedí de él. No le dediqué ni una sola mirada a ella, simplemente salí a la calle, caminé hasta una esquina y me apoyé en la pared a esperarla.

Nunca me habían temblado tanto las piernas como en el momento en que la vi salir y su mirada me encontró, empezó a caminar en mi dirección con decisión y firmeza y yo solo podía sentir ganas de llorar, una terrible angustia me invadió en cuanto vi su mirada y supe lo que iba a pasar. Yo me iba a convertir en una de esas personas a las que tanto había criticado, uno de esos seres despreciables a los que nunca había sido capaz de comprender. Siempre había tenido el firme pensamiento de que si amabas a tu pareja una infidelidad era inexcusable, jamás me creí a esas personas que decían que no habían podido remediarlo, que había sido algo superior a sus fuerzas. Creo que el karma me estaba castigando por bocazas, porque pese a estar terriblemente enamorada de mi marido y de quererlo con locura, el deseo que sentía por Adriana estaba muy por encima de la voluntad que necesitaba para negarme a lo que ella iba a decirme.

—Me alegro de que te hayas quedado Sara...

Asentí sin mirarla, no podía levantar la vista del suelo, la culpa me estaba consumiendo sin miramientos por no hablar de que además estaba aterrada. No fue hasta el instante en el que ella se plantó frente a mí y el olor a limpio y húmedo de su pelo me inundó, cuando pensé en ella como lo que era, una mujer. Jamás había estado con una y eso me estaba creando una inseguridad tremenda.

Creo que pudo notar mi miedo y mi angustia en seguida, fue entonces cuando colocó una de sus manos en mi cintura y me animó a caminar hasta doblar la esquina, después nos refugiamos en la entrada de un cajero automático para dejar de ser visibles al resto de alumnos que pudieran salir. Colocó su mano debajo de mi barbilla y me obligó a levantar la cabeza para mirarla.

—Nadie lo sabrá nunca Sara, te lo prometo...

Su voz fue tan dulce y sensual que tuve que contener el impulso de lanzarme a por sus labios allí mismo.

—Aún estamos a tiempo de evitarlo...—susurré con los ojos vidriosos.

Ella se acercó despacio y me besó la mejilla con cuidado, sentí como mi sexo palpitaba deseoso de contacto y entonces me besó cerca de la oreja y me susurró de nuevo.

—Quiero follarte Sara...te deseo como no he deseado nunca a nadie...quiero acariciarte...y besarte...vivo cerca, quiero hacer que te corras Sara...

Si hubiera habido un medidor de excitación y pulsaciones allí creo que lo hubiera hecho explotar sin remedio. Entre que Marcos terminaba su última clase, charlaba un rato con los que hacían estiramientos al final y se duchaba cuando se iban los últimos alumnos, sabía que disponía de al menos una hora y media antes de que él llegara, eso me bastó para asentir temblorosa y seguir a Adriana hasta su apartamento.

Era consciente de que ese delito solo lo iba a cometer esa vez, era lo que Adriana había dicho con claridad, no había que ser muy lista para leer entre líneas, ella no quería causarme problemas, tan solo me deseaba y quería follar conmigo, nada más, una vez lo hubiera hecho probablemente se iría a por su siguiente presa, porque creo que eso era yo para ella, una presa a la que había cazado con una facilidad aplastante.

Solo encendió la luz del recibidor, su destello iluminaba de forma tenue el sofá de su comedor. Me quedé plantada a los pies del sofá, mirando aterrada como ella se desnudaba ante mí sin mostrar un ápice de pudor.

—Desnúdate venga...—dijo con una sonrisa mientras me lanzaba su camiseta.

No sé porque, pero ese divertido gesto acompañado de su mirada traviesa y su sonrisa, de pronto hizo que me relajara lo suficiente como para devolverle la sonrisa y empezar a quitarme la ropa. Estaba bajándome los pantalones cuando ella se acercó para ayudarme, ya no quedaba ni una sola prenda de ropa que cubriera su cuerpo y no pude evitar contemplarlo de forma descarada, siempre he pensado que el cuerpo de una mujer desnuda es precioso, pero el de Adriana...el suyo me pareció el de una diosa, era demasiado apetecible.

Interrumpiendo mi fascinación por su cuerpo desnudo Adriana se acercó más y me besó sin que me lo esperara, de pronto sentí como una tímida lengua recorría mi labio inferior para después sorberlo entre los suyos. Simplemente gemí con intensidad, me pareció lo más sensual y maravilloso del mundo, tan solo eso, un simple beso que provenía de unos labios suaves, calientes y húmedos. Me quitó la ropa interior y me ayudó a tumbarme en el sofá, creo que perdí la noción del tiempo y olvidé quien era mientras ella me follaba con empeño. Pude sentir como sus manos acariciaban mis pechos, y como las yemas de sus dedos jugaban con mis pezones en su máximo esplendor mientras me besaba y restregaba su sexo contra el mío cuando tuve el primer orgasmo, como lamía mis pechos con ansia mientras su mano acariciaba mi sexo con un ritmo y una intensidad exquisita cuando tuve el segundo, y como me besaba lánguidamente mientras no sé cuántos de sus largos y finos dedos me penetraban y masajearon la parte más íntima de mi cuerpo, haciéndome sentir un gusto mortal cuando llegó el tercero.

Esa fue la última vez que vi a Adriana, jamás he vuelto al Dojo en ese horario, sé que sigue acudiendo a las clases porque soy yo la que gira los recibos en el banco cada mes. Esa noche llegué a casa pocos minutos antes de que lo hiciera Marcos, me metí en la ducha con rapidez para eliminar hasta el último rastro de las huellas de Adriana sobre mi cuerpo, le dije que no había preparado la cena porque me encontraba mal y me metí en la cama sin esperarlo. Desde esa noche Adriana ha estado presente en todos y cada uno de mis encuentros sexuales con Marcos, aunque no he dejado de quererle y sigo enamorada de él, todo el placer me lo regala ella, porque aunque mi marido pone el cuerpo y el empeño, yo cierro los ojos y solo la siento a ella.

He pensado muchas veces en confesar mi delito, y aunque parezca una cobarde, creo que mi mayor castigo es vivir el resto de mis días sabiendo que traicioné a Marcos sin que él se lo mereciera, pero he decidido no hacerlo, no se merece que le cause ese dolor. Solo hay una cosa que me hace sentir mejor, desde que aquello pasó mi apetito sexual ha aumentado, ahora soy yo la que lo busca a diario, así que mirándolo de la forma más fría y egoísta por mi parte, él también ha salido ganando.

Ya hace tres meses que sucedió y aunque a veces me distraigo pensando en ella, creo que Marcos no sospecha nada, cuando me pregunta que me pasa le digo que son cosas del trabajo y se da por satisfecho, o al menos lo parece. Creo que mi secreto está a salvo, ahora solo me falta olvidarme de ella, aunque de momento lo veo como algo muy lejano e imposible.

Y volviendo al principio de esta historia, Marcos seguía con su empuje pausado debido a la lesión y yo jadeaba cada vez más fuerte imaginando a Adriana recorriendo mi cuerpo desnudo con sus sabias caricias, pero esa noche algo iba a cambiar y yo no lo sabía, no lo supe hasta que gemí inundada por el placer y él lanzó su habitual pregunta. Fue en el momento de siempre, pero el contenido no fue el mismo:

—¿Estás conmigo o estás con ella?

Abrí los ojos de golpe y Marcos salió de mi interior dejándome a medias por primera vez.

—Contéstame...—me pidió mientras se ponía un pantalón corto.

No sé qué era lo que mi marido sabía o intuía, no sé si alguien nos vio, no sé si ella se lo había contado o si simplemente él sospechó en su momento al ver como la miraba, jamás se lo he preguntado.

Esa noche le confesé a Marcos mi delito con total sinceridad, le dije las dos únicas verdades que había en mi vida en aquel momento: la primera era que sí, lo había engañado, había traicionado su confianza por no haber sido capaz de controlar mi deseo por ella, y la segunda era que lo seguía amando a él por encima de todas las cosas. Puede que durante un tiempo la siguiera deseando a ella, pero a quién yo quería era a mi marido, de eso estaba segura.

Hoy hace diez meses que Marcos decidió perdonarme. Después de mi confesión me dijo que necesitaba tiempo para pensar, fui incapaz de rogarle que se quedara conmigo porque no tenía ningún derecho a pedirle nada, así que esa misma noche se fue a casa de su hermano. Después de dos semanas en las que sentí el dolor más insoportable que había experimentado nunca, mi marido volvió, Marcos me perdonó. Y aunque jamás podré demostrarle lo infinitamente agradecida que estoy por la segunda oportunidad que me dio, esta noche seré yo la que lo deje a él definitivamente.

Solo yo sé la cantidad de mañanas que me he pasado llorando en mi despacho para tomar esta decisión, pero hay una cosa que sigue siendo innegable en mi vida ahora, y es que aunque mi marido me perdonó no ha habido un solo día en el que yo no me haya sentido culpable, y no es justo para Marcos, porque detrás de sus caricias no está él, sigue estando ella.

Mi novia busca novio

—De verdad que no te entiendo Patri. ¿Es que no ves que solo te utiliza? Cuándo encuentre a alguien que cumpla sus expectativas pasará de ti, y eso lo sabes tú mejor que yo.

Esas eran las mismas palabras que Iván me repetía una y otra vez siempre que nos veíamos, y eso últimamente era muy a menudo, porque era mi mejor y único amigo, y además trabajábamos juntos.

Él hacía referencia a Elvira, mi novia, o mi amiga con derecho a roce, o amante, o la mujer que como Iván decía, me utilizaba. Lo que no sabía Iván es que la historia era mucho peor de lo que yo le contaba, de hecho, no le contaba ni la mitad porque sabía que se enfadaría conmigo y que se sentiría decepcionado al saber las cosas que yo estaba permitiendo que me hiciera esa mujer. La conocí hace tres años en un bar, ella iba con su grupo de amigas y yo con el mío, resultó que teníamos una amiga en común y aquella noche nos presentaron. En seguida conectamos y entre nosotras surgió una amistad digamos que especial, nos hicimos muy amigas, nos lo contábamos todo y nos volvimos inseparables, siempre que teníamos un hueco quedábamos y donde estaba una estaba la otra.

De hecho nos gustaba tanto estar juntas que cuando quedábamos con más amigas nos molestaban, no veíamos el momento de quedarnos a solas de nuevo y al final siempre poníamos alguna excusa y nos marchábamos. Cada vez quedábamos menos con ellas, nuestro círculo éramos ella y yo, incluso una vez una de sus amigas nos dijo que no era normal el comportamiento que teníamos, que si estábamos liadas que lo dijéramos, que no pasaba nada...

Aquello me dio mucho que pensar, y supongo que a Elvira también. Yo sabía que aquel tipo de amistad no era muy lógica, además nunca me había sentido atraída por una mujer, siempre había estado con hombres, y ella también. Aun así era consciente de que esas ganas que tenía siempre de estar

con ella significaban algo más.

Me gustaban cosas en las que antes no me había fijado nunca con nadie, pequeños detalles, me gustaba su sentido del humor, como bajaba la visera para mirarse en el espejo cada vez que se subía al coche o como removía el café después de echar únicamente medio sobre de azúcar, me gustaba el calor que desprendía su cuerpo cuando la tenía cerca y adoraba que me tocara cuando nos peleábamos por pagar las consumiciones. Casi sin darme cuenta y de la manera más inocente me había enamorado de Elvira, de una mujer. Yo la amaba y la deseaba en silencio y estaba casi segura de que ella a mí también, pero no me atrevía a decirle nada, ¿Y si estaba equivocada? ¿Y si solo era yo la que se sentía así? Puedo jurar que me hubiera lanzado a por sus labios en infinitas ocasiones, pero me contenía a pesar de morirme de ganas.

Estuvimos quedando prácticamente a diario durante semanas, hasta que un día mientras estábamos sentadas en un banco junto a un lago, ella empezó una conversación que dio lugar al inicio de nuestra historia.

—¿Tú crees que nuestra amistad es normal Patri?

Sabía perfectamente a qué se refería, pero mi inseguridad no me permitía lanzarme a la piscina, así que dejé la pelota en su tejado.

—¿A qué te refieres con normal?

—Bueno, no sé, siempre estamos juntas, a diario, nos quedamos hasta las tantas aunque al día siguiente tengamos que madrugar. No hago eso con ninguna de mis amigas, solo contigo, me apetece estar contigo a todas horas Patri. Estoy deseando salir del trabajo para que podamos quedar y en cuanto nos despedimos ya empiezo a echarte de menos...

Me quedé muda, la verdad es que Elvira no tenía ningún tipo de vergüenza para nada, pero supongo que nunca pensé que sería capaz de reconocer todo aquello.

—Joder Patri, mójate un poco, dime lo que piensas de una puta vez...

—A mí también me pasa Elvira—sonreí con timidez—me muero de ganas

de estar contigo, me encanta estar contigo...

Me miró confundida, expresando con la mirada que se sentía tan perdida como lo estaba yo.

—Pero a mí me gustan los hombres y a ti también, no somos lesbianas Patri—afirmó con una seguridad aplastante.

—No, claro que no.

Y lo cierto es que yo también estaba convencida de ello, creía que era algo puntual que solo me pasaba con Elvira y que si alguna vez se acababa, a mí me seguirían gustando los hombres y jamás volvería a sentirme atraída por una mujer.

—¿Y entonces que hacemos? —preguntó preocupada.

—No lo sé Elvira, estoy tan perdida como tú.

Aquella conversación se quedó ahí, no volvimos a hablar del tema hasta después de una semana, cuando estando en una discoteca bailando nos pegamos demasiado y casi acabamos besándonos allí en medio. Las dos nos detuvimos en seco, durante unos segundos nos dedicamos una mirada de confusión, como si la reacción de nuestros cuerpos nos sorprendiera. Fue Elvira la que reaccionó primero, me agarró del brazo y tiró de mí hasta un lugar más tranquilo en el que pudiéramos hablar. El alcohol nos había desinhibido un poco y eso nos permitió abordar el tema desde otra perspectiva.

—Mierda Patri, tenemos que hacer algo, esto no puede seguir así—dijo enfadada.

—Tal vez sí que seamos lesbianas Elvi...

—¡Y una mierda, yo no soy lesbiana, eso lo serás tú!

—Vale, no lo eres, pero te gusto joder, y tú a mí.

—¿Y qué hacemos?

—Podríamos intentarlo, tal vez nos vaya bien...

—¿Quieres que nos liemos? ¿Estás loca? ¿Qué pensaría la gente si nos vieran?

La verdad es que esa idea me aterraba tanto como a ella, ¿Cómo iba a explicarle a mi familia que de repente, a los veinticuatro años me gustaba una mujer? ¿O a toda la gente que me conocía? Se quedarían flipando.

—Yo al menos he sugerido algo, tú te limitas a preguntarme y a decir que no a todo, si no te gusta mi propuesta dime tú qué es lo que quieres y ya está, sino no me preguntes más—contesté de malhumor.

—¿Y si vamos al bar ese de ambiente que hay más abajo y le preguntamos a alguien?

Me entró la risa.

—¿Qué quieres preguntar?

—Yo que sé, podemos preguntar si es normal lo que nos pasa, o cómo podemos saber si somos lesbianas, seguro que hay alguna forma de saberlo.

—¿Ahora sí que te lo planteas?

—No, no me lo planteo, sé que no lo soy, pero a lo mejor me pasa algo contigo, algo de lesbianas, joder ni siquiera sé lo que digo—dijo riendo ella también.

—Vale, vamos, pero yo no pienso preguntar nada.

Ella sonrió y nos fuimos al bar de ambiente. Era solo de chicas y la verdad es que se nos hizo un poco raro cruzar la puerta, sobre todo porque era muy pequeño y en seguida notamos como muchas miradas se clavaban en nosotras. Nos apoyamos al fondo de la barra, en un rincón, como si quisiéramos protegernos de todas aquellas chicas. Nos pedimos unas cervezas y las observamos en silencio durante un buen rato, como si la respuesta a

nuestras dudas fuera a aparecer de repente por el hecho de estar allí.

Había de todo, chicas que solo hablaban, chicas que bailaban en la pequeña pista alegremente y otras que se estaban enrollando, un hecho que me hacía sentir algo incómoda. No por lo que hacían, sino porque eso era lo que yo deseaba hacer con Elvira prácticamente desde que la conocí, pero me daba miedo su reacción. Aquellas chicas me daban una envidia tremenda porque hacían lo que querían sin miedo, sin ocultarse, expresaban sus gustos abiertamente sin importarles quien estuviera a su lado.

—¿Que piensas? —me preguntó.

Me encogí de hombros y di un trago largo a la cerveza con la mirada perdida.

—Joder Patri, dime que estás pensado venga—dijo acariciando mi brazo cariñosamente.

Entonces la miré con tristeza, no pretendía darle pena, simplemente me sentía así y decidí tirar un poco de la cuerda que me unía a Elvira.

—Pienso en que me gustaría que pudiéramos besarnos igual que lo hacen ellas...Yo sí que quiero intentarlo Elvi, nadie tiene porque saberlo si no quieres, podemos escondernos.

Fue allí cuando nos besamos la primera vez, Elvira se abalanzó sobre mí y me besó lentamente durante unos segundos en los que sentí que acariciaba el cielo con la punta de los dedos. Noté el calor y la suavidad de sus labios a la vez que una tímida lengua rozó ligeramente la mía haciendo que me temblaran las piernas, después se separó y miró en todas direcciones para asegurarse de que ninguna de las chicas que había allí nos conocía.

—Vale—dijo.

—¿Vale qué?

—Intentémoslo, pero en secreto Patri, no puedes decírselo a nadie ¿vale?

—Vale.

Esa noche acabamos en su apartamento, dormimos juntas entre besos y caricias, pero sin llegar a mantener relaciones. Las dos estábamos completamente perdidas, confusas y aterradas ante el nuevo camino en el que nos encontrábamos y decidimos que por aquella noche ya habíamos tenido suficiente. Nunca me había sentido tan plena como a la mañana siguiente cuando unos labios calientes, suaves e hinchados me despertaron con un tímido beso en la frente, sentí como su calor corporal me inundaba y un nuevo beso en la nariz me confirmaba que no soñaba, sonreí ligeramente y sus labios se posaron sobre los míos durante un instante que me llenó de vida. Abrí los ojos despacio y vi a Elvira acurrucada frente a mí, me miraba y me acariciaba la cabeza despacio, sin decir nada, como si el simple hecho de tenerme allí le bastara. Creo que a partir de esa noche podría dividir mi historia con Elvira en cinco etapas.

Etapas 1

La primera etapa fue la de la felicidad, y como en todas las historias supongo que la mejor y más bonita, esta nos duró unos seis meses más o menos.

Empezamos a disfrutar de nuestra relación a escondidas y eso nos permitió amarnos sin control. Dejamos de vernos en la calle y utilizábamos nuestros correspondientes apartamentos para dejarnos llevar por el deseo que sentíamos la una por la otra. Fue justo tres días después de aquella noche cuando hicimos el amor por primera vez, nos dejamos llevar por lo que nos pedían nuestros cuerpos y el resultado fue de lo más satisfactorio. Poco a poco fuimos experimentando y mejorando nuestros encuentros sexuales hasta convertirlos en un hábito que realizábamos a diario.

Un par de meses después ella se vino a vivir conmigo, de puertas hacia dentro hacíamos vida de pareja y de puertas hacia fuera simplemente éramos dos buenas amigas. Nadie llegó a enterarse nunca de que vivíamos juntas, bastaba con no invitar a nadie a nuestro apartamento, el único espacio en el que realmente podíamos ser quienes éramos y demostrarnos todo lo que sentíamos sin escondernos. Durante ese tiempo nos bastó con lo que teníamos,

pero cada vez nos queríamos más y era muy complicado no demostrar esos sentimientos en público. De pronto me jodía mucho no poder besarla cuando me apetecía, ella tenía muchos prontoos que en nuestra casa acababan en besos, pero fuera de ella tenía que controlarme y eso empezó a afectarme. Me hacía sentir impotencia y mucha frustración por tener que privarme de algo que las parejas heteros podían disfrutar sin miedo a ser señaladas.

Una tarde de domingo, de las que nosotras solíamos pasar tiradas en el sofá viendo pelis tapadas con una manta se lo dije, y creo que a partir de ahí desencadené el resto de etapas de nuestra relación. En cuanto fui consciente de todo lo que empezaba a pasar me arrepentí de habérselo dicho, si me hubiera callado tal vez estaríamos como al principio. Aunque ahora sé que no era así, eso hubiera pasado tarde o temprano y ahora me alegro de que fuera temprano, porque durante esos seis meses viví una mentira, o un sueño si creéis que suena mejor, pero era algo que no iba a durar y supongo que cuanto antes abriera los ojos mejor.

—Elvi quiero más, necesito más...

—¿Más qué? ¿A qué te refieres? —preguntó alarmada.

—A nosotras, odio tener que esconderme, no digo que quiera comerte en medio de la calle pero me jode mucho no poder cogerte de la mano, o besarte cuando me apetece, estoy harta de mentir a todo el mundo Elvira.

—¿Insinúas que quieres que lo hagamos público?

—Bueno, ¿por qué no?, llevamos ya seis meses, creo que no es algo pasajero, las dos nos queremos y nos va bien, nos lo podríamos plantear...

Su semblante cambió por completo y me miró enfurecida.

—Esto ya lo hablamos en su día Patri, y quedamos en que no lo contaríamos, yo no pienso reconocer algo que no soy, sabes que solo te quiero a ti, pero las dos sabemos que esto no durará para siempre.

Tal vez ella supiera que no duraría para siempre, pero desde luego yo ni siquiera me lo había planteado, no viendo lo bien que estábamos y lo mucho

que nos queríamos. Creo que una parte muy pequeña de mí y a la que no quise escuchar se dio cuenta aquel día de que Elvira parecía tener unos planes en los que yo no encajaba. Sus palabras me mataron por primera vez y a partir de aquel día empezó la segunda etapa, la de una felicidad a medias.

Etapa 2

Desde aquel día empecé a vivir con el temor de no volver a mencionar aquello por miedo a que ella me dejara. Seguimos como hasta entonces durante seis meses más, y aunque yo seguía siendo feliz ya no era como al principio, había algo que no me permitía serlo del todo, mi instinto me decía que las palabras de Elvira no iban a caer en saco roto, ella tenía claro que tarde o temprano dejaría de sentir lo que sentía por mí y que lo nuestro se acabaría, entonces ella recuperaría su vida y nadie sabría nunca su secreto.

Empezamos a tener discusiones, al principio las normales de cualquier pareja, pero conforme pasaban los meses eran diferentes. Ella estaba a la defensiva siempre, como si estuviera cabreada continuamente porque ya llevábamos un año y pico y ella me seguía queriendo, y claro, supongo que su plan no estaba saliendo como deseaba. Una tarde mientras hacíamos cola en la entrada del cine nos encontramos con una prima suya, ella me presentó como su amiga, cosa que cada vez me jodía más pero que a la vez hacía que poco a poco fuera perdiendo la esperanza de que algún día me presentara como lo que era: su novia.

Nos sentamos las tres a tomar algo mientras las primas se ponían al día, y tras un buen rato de conversación su prima lanzó una pregunta que rompió algo entre nosotras.

—¿Y qué tal con los chicos Elvira? ¿Hay alguno por ahí que te haga tilín? Hace tiempo que no estás con nadie ¿no?

—Supongo que me he vuelto más selectiva...—contestó evasiva.

Después de eso cambió de tema en seguida y cuando su prima se fue me dijo que ya no tenía ganas de ir al cine, que quería volver a casa. La verdad es que yo tampoco quería ir, me dolió mucho su respuesta y cuando llegamos a casa tuvimos una bronca enorme precisamente por eso.

—¿Qué coño querías que le dijera? ¿Que estoy contigo? ¿Que no tengo novio porque tengo una novia? —me gritó.

—¿Y por qué no? Podrías reconocerlo y permitirte ser feliz, nadie nos crucificará por esto, toda la película te la estás montando tú sola Elvi—le grité yo también.

—Que te quede clara una cosa Patri, jamás reconoceré que estoy contigo ni con ninguna puta tía, lo que tenemos es lo que hay y si no te gusta ya sabes lo que tienes que hacer.

Hasta entonces nunca había llorado tanto como lo hice aquella tarde, y ya no solo era por lo que me había dicho, sino porque además no podía desahogarme con nadie porque nadie sabía lo nuestro. No tenía a quién pedirle consejo o un simple hombro en el que llorar, solo la tenía a ella. Mi grupo de amigas ya se había dispersado, cada una había tomado su camino y aunque sabía que podía llamar a alguna para quedar, con ninguna de ellas tenía confianza suficiente como para contárselo, yo nunca tuve una mejor amiga, supongo que solo tenía conocidas.

Etapa 3

Esta fue la etapa en la que comprendí que ella no lo reconocería nunca, que no estaba dispuesta a someterse a lo que pudieran decir de nosotras si la gente se enteraba. A ella le bastaba con lo que teníamos, pero sí para mí era un problema, creo que ella estaría dispuesta a permitir que lo nuestro acabara antes que plantearse la opción de salir del armario.

Fue en esa época cuando conocí a Iván, empezó a trabajar en el mismo departamento que yo y en seguida nos hicimos amigos, casualmente él era gay, no de esos que tienen pluma pero sí de los que reconocían abiertamente su condición. Todas las mañanas desayunábamos juntos y las tardes que Elvira tenía clases de inglés solíamos quedar bastante. Al final acabé contándole lo mío con ella, al fin y al cabo él no la conocía, así que no era una traición. Creo que fue la primera vez que me sentí libre, de pronto ya no estaba sola, había alguien que me comprendía y a quién podía explicarle mis problemas.

Confiaba en él, sabía que jamás me traicionaría, supongo que porque él

sabía lo duro que era vivir un amor a escondidas, también le había pasado. No le supliqué que no lo contara por mí, lo hice por Elvira, aunque yo hacía tiempo que no compartía su idea de esconder lo nuestro la respetaba, y si ella no quería que nadie lo supiera yo jamás lo diría.

—Me parece muy absurdo que no quiera reconocer que le gustan las mujeres, nadie está tanto tiempo con alguien solo para experimentar Patri, y por lo que me cuentas te quiere con locura, tal vez no sea lesbiana pero como poco es bisexual.

Quizás un tiempo atrás las palabras de Iván me hubiesen aliviado o dado esperanzas de que ella reconociera lo nuestro, pero a esas alturas ya me daba igual lo que fuera mi novia, ella no iba a reconocerlo nunca.

De pronto un día a Elvira le entraron ganas de salir, decía que debíamos volver a salir con nuestras amigas e incluso ampliar nuestro círculo para no convertirnos en ermitañas. Sé que en parte tenía razón, hacía tiempo que prácticamente no quedábamos con nadie y tampoco era cuestión de volverse anti social, pero yo sabía que en realidad sus motivos no eran esos, la conocía demasiado bien, lo que ella pretendía con aquellas salidas era conocer a algún tío y enamorarse de él lo suficiente como para olvidarse de mí. Por si sola no se bastaba para dejarme porque me quería demasiado, así que supongo que pasó a un plan B, y yo no tuve más remedio que aceptar porque al fin y al cabo era solo una sospecha mía.

Etapas 4

Volvió a retomar el contacto con sus amigas y empezamos a salir, al principio eran un par de veces al mes, después cada semana y hacía el final, todos los viernes y los sábados, como si estuviera desesperada por conocer a alguien que la ayudara a olvidarse de mí.

No había una sola vez en la que saliéramos y ella no se pusiera a hablar con algún chico. Coqueteaba y bailaba con ellos mientras yo estaba allí muerta de celos y de indignación, aguantando los comentarios de sus amigas y conteniendo las ganas de llorar. Cada vez que eso pasaba teníamos una bronca de las gordas, pero ella me decía que no había hecho nada malo, que solo bailaba con un amigo. Pensaréis que yo era gilipollas por aguantar aquello, y

supongo que lo era, pero estaba tan enamorada de ella que era incapaz de dejarla. Creo que poco a poco me fui convirtiendo en la novia que acompañaba a su novia a buscar novio.

Lo que más me dolía de todo aquello era que ella era muy consciente del daño que me hacía, y aun así no le importaba. No sé en qué momento se convirtió en alguien tan egoísta, estaba claro que ella no quería estar conmigo, pero como seguía enamorada y le resultaba difícil separarse de mí me utilizaba. Llegó a un punto en el que no le importaba hacerme daño mientras buscaba a alguien con quien poder sustituirme y olvidarse de mí, ese era su camino fácil, ella buscaba, y mientras tanto me tenía a mí, porque cuando nuestros enfados se enfriaban me trataba como a una reina, me amaba, me demostraba lo mucho que yo sabía que me quería y me hacía sentir bien durante dos o tres días, hasta que volvía a llegar el fin de semana y la historia se repetía. Nunca pensé que llegaría a odiar tanto los fines de semana, pero en aquella época me entraban ataques de ansiedad conforme se acercaban.

—Yo te quiero Patri—me dijo llorando en la última discusión que habíamos tenido—pero esta no es la vida que yo tengo pensada, no es así como yo me veo, necesito normalidad.

¿Normalidad? Ni siquiera me molesté en contestarle, creo que poco a poco me fui acostumbrando a eso, sabía que tarde o temprano conseguiría su objetivo y lo que más me sorprendía es que ahora yo también deseaba que lo hiciera, yo también era incapaz de dejarla, así que ojalá apareciese un puto tío que le gustara de una vez y la sacara de mi vida. Eso era lo que pensaba una y otra vez, pero en el fondo no estaba preparada para que pasara.

Hasta aquí, mi amigo Iván conocía toda la historia.

Una tarde Elvira no volvió a casa a la hora de siempre, ella solía llegar sobre la siete y si se retrasaba me avisaba, pero no lo hizo, y tras una hora esperando preocupada le envié un mensaje preguntándole dónde estaba. Ví que lo había leído pero no me contestó, ni siquiera se tomó la molestia. Ese día llegó a casa casi a las doce y cuando le pregunté el motivo me dijo que había quedado con un chico para tomar algo, que no habían hecho nada pero que se

les había hecho un poco tarde, no tuvo la delicadeza de prepararme para ello, simplemente lo soltó como si fuera lo más normal del mundo. Ahí empezó la etapa más dolorosa de mi vida.

Etapa 5

Esa noche no le pregunté nada más, me fui a dormir a la otra habitación, creo que por un momento con la esperanza de que ella viniera a suplicarme que me fuera con ella a la cama, porque en cuanto me tumbé sola en aquella cama fría fue cuando me di cuenta de lo mucho que la iba a echar de menos si desaparecía de mi vida. Pero no lo hizo, no vino a buscarme y me sentí vacía y utilizada a partes iguales, pensé en echarla de casa al día siguiente, si tan claro lo tenía que se fuera a su puto apartamento y se olvidara de mí.

Nunca entendí aquella frialdad con la que lo hacía todo, en el tiempo que llevábamos juntas jamás habíamos dormido una noche separadas, si yo hubiera sido la causante de nuestra discusión y ella se hubiera marchado de mi cama no me lo habría pensado dos veces a la hora de suplicarle perdón, pero se acostó sin más y no le importó que yo no estuviera a su lado, aquella noche sentí que perdía una parte de mi corazón que jamás podría recuperar.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano, me había pasado media noche llorando con la certeza de que no me había dicho la verdad y había hecho algo más que tomar una copa con su amigo. La otra media la pasé pensando en cómo iba a decirle que se marchara. Repetí las palabras en mi mente una y otra vez, y durante mucho rato tuve claro que sería capaz de hacerlo, pero entonces la oí levantarse y me paralicé. El corazón empezó a latirme con tanta fuerza que oía perfectamente como retumbaban los latidos en mi pecho, la ansiedad y la tristeza me consumieron de nuevo y antes de que pudiera reaccionar se acercó a mí y me abrazó por detrás suplicándome perdón. Me zafé de ella llorando y le pedí que me mirara a la cara y me dijera que no había hecho nada con él, sabía que me había mentido y eso me jodía todavía más.

Primero insistió en que no, pero al final acabó confesando que se habían besado. Me dijo que no sentía nada por él, que me quería a mí, que se había equivocado y todas esas cosas que se suelen decir en esos casos. Sabía que en eso no mentía, que simplemente se había enrollado con él para intentar

demostrarse a sí misma que le gustaban los hombres, pero por lo visto no obtuvo el resultado que esperaba. Le supliqué que me dejara aun sabiendo que no lo haría, pero fui incapaz de echarla de mi casa, mi dolor al pensar en su pérdida en ese momento era más fuerte que el que ella me estaba causando.

Esa fue una de las cosas que le oculté a Iván, la primera de ellas. Sabía que eso solo iba a ser el principio, que ella insistiría en su método prueba error hasta conseguirlo sin importarle una mierda como me afectaba eso a mí. Su móvil era más activo que nunca, escribía mensajes y recibía llamadas que atendía en el balcón, siempre me decía que eran del trabajo, solo espero que no pensara que me la creía. Una noche simplemente no apareció, pero tuvo la cara dura de hacerlo a la mañana siguiente. La bronca fue terrible, y después de gritarnos y llorar desconsoladas me dijo que era mejor que cada una hiciera su vida por su cuenta, por fin algo inteligente pensaréis, pero no fue así.

Ella se fue a su apartamento pero nos echábamos tanto de menos que seguíamos quedando, seguíamos acostándonos y amándonos, no sabría contar la de veces que ella se quedaba a dormir en mi apartamento y yo en el suyo, en mi opinión estábamos peor que antes, sentíamos lo mismo pero vivíamos separadas, nunca me habría llegado a imaginar que se pudiese echar de menos a alguien de aquella manera. Las primeras noches sin ella era incapaz de dormir, todo me parecía vacío y el más mínimo detalle me recordaba a Elvira. Lloraba cada noche abrazada a una almohada que estaba muy lejos de recordarme a aquel cuerpo desnudo y caliente que me gustaba abrazar hasta quedarme dormida.

Ella me seguía llamando para salir, y yo gilipollas de mí, la echaba tanto de menos que prefería pasar un mal rato con ella que no pasar ninguno, porque al fin y al cabo sabía cómo acabaría aquello, ella tonteando e intercambiándose el número con algún tío y yo haciendo de espectadora con alguna de sus amigas.

Tal vez lo lógico hubiese sido que yo también empezara a hacer lo mismo que ella, empezar a conocer chicos o chicas para sustituirla, pero yo no era así, era incapaz de plantearme buscar a otra persona cuando la amaba a ella, por muy hija de la gran puta que fuese conmigo.

La historia se repetía siempre, parecía que nunca llegaba el día en el que

Elvira iba a conocer por fin a mi salvador, porque eso era lo que sería para mí ese hombre, el que me libraría del encanto y el egoísmo de Elvira y el que me permitiría llorarla el tiempo que necesitara hasta que pudiera rehacer mi vida. Pero eso tampoco fue así, por fin un día Elvira conoció a un hombre que parecía que le gustaba y empezaron a salir, pero por lo visto no le gustaba lo suficiente, porque ella venía a mi apartamento cuando él no estaba y acabábamos en la cama siempre. Ahora ya no era su novia pero era su amante, si cualquier persona hubiese acudido a mí con una historia como la mía le hubiese dicho que si estaba loca, que dejara de una vez a esa mujer, más o menos lo que me dijo Iván a mí cuando por fin se lo conté.

—¡Ella es una egoísta y una abusona Patri, y tú eres gilipollas joder! No se lo puede permitir, esa mujer nunca saldrá de tu vida, te necesita y ella lo sabe, la única que no lo sabes eres tú. Nunca te dará lo que quieres ni te tratará como te mereces, tienes que ser tú la que le ponga fin a esto.

—Ya, claro, es muy fácil decirlo Iván...

Tengo que reconocer que poco a poco me había ido desencantando de ella, su comportamiento ya no me afectaba como al principio y ya no la echaba tanto de menos, supongo que por el hecho de que ya no vivíamos juntas me había ido acostumbrando sin saberlo a tenerla cada vez menos. Pero la seguía queriendo, eso no había cambiado, tal vez no de la misma forma que antes, pero sin duda la quería.

—No digo que sea fácil, solo digo que si sigues con ella te destruirá, solo piensa en ella y en su interés, ahora tiene lo que quiere, un tío guapo con el que pasearse orgullosa por la calle y la mujer a la que realmente ama para que la consuele en la cama, tú misma Patri, tú sabrás si es eso lo que quieres para ti.

—Creo que tienes razón, haga lo que haga me duele, supongo que lo más sensato es alejarla de mí de una vez y empezar a reconducir mi vida sin ocultarme.

No hablé en vano, no le dije esas palabras a Iván para que me dejara tranquila, estaba decidida a cortar definitivamente lo que fuera que tenía con

Elvira. En cuanto llegase a casa la llamaría y le preguntaría cuando le iba bien quedar para poder hablar del tema con tranquilidad, tampoco quería hacerlo por teléfono. Estaba cerrando la puerta de la entrada cuando fue ella la que me llamó a mí, me dijo que esa noche su novio tenía una cena con la gente del trabajo y que le apetecía salir un rato conmigo, que saliéramos solas.

—Venga Patri, así charlamos un poco.

No le hizo falta insistirme más, acepté encantada, pero no por ella, por primera vez lo hice por mí, porque era el momento perfecto para cortar con ella, no quería demorarlo más. Después de cenar me arreglé y me presenté en el pub donde habíamos quedado. Nos saludamos y le pedí que nos pusiéramos en un rincón de la barra para poder estar más tranquilas.

—Elvi tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

—De nosotras...

—¿Ahora? Joder Patri no me cortes el rollo, ¿No podemos hablarlo luego, en tu apartamento?

¿En mi apartamento? Joder, que ingenua era yo, ella ya lo tenía todo planeado, él había salido y ella tenía la excusa perfecta para pasar la noche conmigo.

—No vamos a ir a mi apartamento Elvira...

Entonces me cortó, ni siquiera me escuchó porque en ese momento dos chicos se pusieron a nuestro lado y uno de ellos le preguntó algo a Elvira, ella se puso a hablar con él sonriente. Nunca pensé que su comportamiento llegara a esos extremos, supongo que como su novio no era suficiente para librarse de mí, su plan seguía en marcha, seguía buscando a alguien con quien sustituirnos a los dos. Creo que fue una de las veces que más dolida me sentí, porque hasta la fecha siempre que eso había pasado yo estaba con sus amigas, pero ese día habíamos ido solas, yo no tenía a nadie y a ella no parecía importarle dejarme de lado, ni siquiera se esforzó en intentar meterme en la conversación,

simplemente pasó de mí. Al cabo de un rato uno de los dos chicos se fue y ella se dirigió a la pista a bailar con el otro.

Ni me miró, simplemente se fue con él, supongo que daba por hecho que yo seguiría allí cuando terminara de tontear con él pero aquello fue la gota que colmó el vaso, decidí que no merecía la pena el hecho de molestarme en decirle que la dejaba para siempre, ya no, simplemente no le volvería a coger el teléfono nunca más y si insistía como mucho le enviaría un mensaje diciéndole que no me molestara.

Estaba dirigiéndome a la puerta para irme cuando entró María.

—Ey hola Patri, cuanto tiempo—dijo estampándome dos efusivos besos en las mejillas—¿Ya te vas?

María y yo habíamos estudiado juntas en el instituto, no es que fuésemos amigas, pero coincidíamos en algunas optativas y nos llevábamos bastante bien.

—Aam sí, la verdad es que ya me iba...

—¿Has venido sola?

—No, bueno, mi amiga está por ahí, pero creo que tiene un plan mejor, ya sabes...

—Oh, vaya, pues yo he venido sola, ¿No te parece una casualidad? —dijo con una sonrisa.

Le sonreí con esfuerzo, creo que por educación.

—Déjame que te invite a una copa y nos ponemos al día, hace un montón de años que no te veo tía, estás muy guapa por cierto.

La verdad es que me desconcertó un poco el comportamiento de María, la recordaba más tímida, pero estaba claro que con el paso de los años había cambiado y se había convertido en una mujer más descarada y segura de sí misma. De pronto sentí ganas de rememorar anécdotas con ella, así que acepté su invitación con la condición de que no fuese en aquel pub, no quería que

Elvira apareciera y me jodiera aquel encuentro.

Aquella noche encontré en María a una chica muy divertida y espontánea, le gustaba disfrutar de las cosas como surgieran, sin complicarse. Era de las que vivían el momento y aprovechaban las oportunidades. Lo cierto es que la envidiaba, ella era feliz disfrutando de su soltería y yo había sido una amargada incapaz de conocer a nadie porque no podía dejar de pensar en Elvira, la mujer que me utilizaba a su antojo y me había dejado tirada en cuanto dejé de serle útil aquella noche.

Elvira me llamó aquella noche, y también durante varias semanas, nunca le cogí el teléfono, tan solo le dejé un mensaje diciendo que se había acabado, y otro un poco más adelante pidiéndole que hiciera el favor de no molestarme más al ver que seguía insistiendo. Al final desistió.

Tras esa noche María y yo empezamos a quedar más veces y poco a poco fue surgiendo algo entre nosotras, algo que se ha ido solidificando y que se ha convertido en una relación estable y sincera. Ya llevamos juntas casi un año y medio, tiempo en el que he aprendido a disfrutar del amor sin esconderme, paseo con ella de la mano y nos besamos cuando nos apetece, mi familia ya lo sabe, y creo que ni siquiera se sorprendieron cuando se lo conté.

Es curioso porque fue la insistencia de Elvira en encontrar a alguien con quien sustituirme lo que me llevó a encontrar a María, al final fui yo la que encontró a alguien que se merecía toda mi atención, alguien que corresponde mi cariño con el suyo y que me ama sin secretos, sin avergonzarse de mí, porque creo que al final eso era lo que le pasaba a Elvira, yo no era suficiente para ella.

Hace poco me la crucé por la calle, yo iba paseando cogida de la mano de María y ella iba con el hombre al que engañaba conmigo, está embarazada. Supongo que al final consiguió lo que quería, lo que todo el mundo espera de ella, aunque eso le haya costado su felicidad, porque sé que no es feliz, pude verlo en su cara, está envejecida y apagada. No me alegro de su infelicidad, pero la ha elegido ella, y lo que me sigue jodiendo es que estaba dispuesta a arrastrarme a mí en el intento.

3D'S

Londres, ese era el destino que Débora, Dani y yo habíamos elegido para pasar aquel puente de cuatro días, éramos amigos desde hacía tiempo gracias a una afición que teníamos en común, el senderismo.

Me uní a un grupo de Facebook que se dedicaba a hacer salidas y así fue como primero conocí a Dani y después a Débora. Nos hicimos inseparables y al final nos convertimos en los 3D'S, así nos llamaban el resto de personas del grupo debido a nuestros nombres: Dani, Débora y Davinia, esta última soy yo.

Hacíamos todo tipo de salidas, tanto en grupo como por nuestra cuenta, además solíamos quedar para echar cervezas o para cenar, en muchas ocasiones los tres solos. Todos en el grupo sabían mi inclinación sexual, nunca la oculté pese a que me considero una persona bastante tímida y vergonzosa, diría que era la única de aquel grupo, pero aunque hubiese habido más supongo que me hubiese dado igual, porque poco a poco empecé a sentir algo por Débora. Digo poco a poco porque al principio ni siquiera me entró por el rabillo del ojo, no era mi tipo de chica, así que físicamente no me atrajo en un principio, fue su carácter lo que me enamoró, era alegre, divertida, simpática, educada, agradable, cariñosa...En fin, Débora tenía un montón de cualidades que me atraían sin remedio, y un solo defecto, le gustaban los hombres, y le gustaban mucho...

Para quien le gustase la típica rubita mona y coqueta, Débora era su chica, ella era consciente de que resultaba muy atractiva entre los hombres y le encantaba ser el centro de atención, creo que había tonteado con casi todos los del grupo y no tenía muy claro con cuántos de ellos se había acostado. El grupo era siempre muy extenso, no había una sola salida en la que alguien no trajese a algún amigo o familiar de forma puntual, así que siempre éramos muchos y conocíamos a gente nueva constantemente.

Puede que Dani fuera el único chico con el que ella no había tonteado,

supongo que porque lo consideraba su amigo, y ya sabemos lo que le pasa a un tío cuando una mujer lo pone en su lista de amigos, pierde todas las opciones. A él no parecía importarle, Dani era todo un sentimental, era de esos chicos que parece que solo existen en las películas, de los románticos empedernidos y empalagosos que se entregan con todo, de los que te aman hasta el fin de los tiempos vamos. Débora no encajaba en su ideal de mujer, él buscaba a una chica que fuera como él, una Julieta para que él pudiera ser su Romeo.

Tardé casi un año en confesarle a Dani lo que sentía por Débora, pensé que se me pasaría, que verla con todos aquellos hombres sin cesar haría que me acabara cansando de ella, pero no solo no se me pasaba sino que encima empeoraba. De pronto, ella empezó a salir con uno de ellos y nuestro trío se convirtió en un cuarteto, ahora siempre que quedábamos los tres también venía Luis, no era un mal chico, de hecho me caía bien, pero como él podía besarla y yo no, estaba empezando a odiarlo. Empecé a poner excusas para no quedar con ellos y entonces fue cuando Dani quedó conmigo un día a solas y me preguntó qué me pasaba, ese día le confesé lo que sentía por Débora y él se compadeció de mí.

—Menuda putada Davinia, te has ido a enamorar de una tía que además de ser hetero es bastante ligerita, por decirlo de una manera educada.

No pude evitar reírme y Dani me dio un abrazo cariñoso.

Poco a poco empezó a ser Débora la que se acabó distanciando de nosotros, ella y Luis ya no venían tanto a las salidas y quedaban cada vez menos con Dani y conmigo, nosotros no nos enfadamos, era lógico, hacían su vida en pareja y necesitaban su intimidad. Así pasó casi un año, nos veíamos solo de vez en cuando, pero cuando nos juntábamos todo volvía a ser como antes y para mí eso era una putada, porque cuando me pasaba varias semanas sin verla conseguía pensar menos en ella, de hecho tuve un rollo con una compañera de trabajo, pero cuando quedábamos, ella volvía a ocupar todos mis pensamientos de nuevo y era como si nunca pudiese avanzar, cada vez que

veía a Débora sentía que daba un paso atrás en mi vida.

De pronto un martes recibimos un mensaje en el grupo de Whats que habíamos creado los tres, se llamaba 3D'S claro, era Débora, nos preguntaba si nos apetecía quedar con ella el viernes por la tarde para tomar algo y ponernos al día, Dani y yo contestamos que sí.

—Como en los viejos tiempos... —decía.

Me sorprendió bastante, daba la impresión de que Débora pensaba acudir sola, sin Luis, y eso me tuvo martirizada durante el resto de la semana.

Cuando por fin llegó el día, Dani y yo llegamos los primeros, como siempre. Débora era de las que solía llegar tarde, aunque tampoco mucho. En efecto cruzó la puerta del bar ella sola, nadie la acompañaba, y pese a que yo no sabía el motivo, no pude evitar alegrarme de ello, aunque solo fuera durante un rato aquella tarde volveríamos a ser solo los tres, como al principio. Tras saludarnos y charlar un poco, fue Dani el que, por fin, hizo la pregunta cuya respuesta yo estaba muerta de ganas de saber.

—¿Dónde está Luis, Debo? ¿No ha podido venir?

—Luis, no vendrá más, me ha dejado.

Su contestación fue rotunda y seca, como si no quisiera dar explicaciones, así que nosotros no se las pedimos.

—Vaya...pues él se lo pierde—dijo Dani.

—Nosotros no vamos a dejarte Debo, siempre estaremos aquí... —añadí yo.

¿En serio era tan ñoña? Ella nos sonrió y cambió de tema rápidamente.

—Bueno ¿qué hay de aquel viaje que dijimos que haríamos? ¿Os apetece para este puente? ¿Tenéis algún plan?

Creo que fue la segunda vez que quedamos los tres solos cuando hablamos de ese viaje, cuando empezamos a contar nuestra historia individual

cada uno, descubrimos que ninguno de los tres había viajado mucho, así que hicimos la promesa de hacer un viaje juntos a cualquier ciudad europea y si éramos capaces de convivir sin matarnos durante ese viaje, entonces hablaríamos de hacer alguno más. Pero todo aquello se quedó en el aire al principio, y después fue cuando Débora empezó a salir con Luis, así que nos olvidamos del tema.

En efecto, ni Dani ni yo teníamos ningún plan, así que el resto de la tarde la pasamos en un cibercafé escogiendo destino. Lo cierto es que al principio no dejaban de sonar posibles ciudades y como no nos poníamos de acuerdo decidimos que iríamos a aquella en la que los vuelos nos costaran más baratos, ya que los tres solíamos llegar bastante justitos a final de mes. Y sí, Londres con su aeropuerto lowcost de Stansted fue el elegido.

Ya con los vuelos comprados llegó el tema que daría lugar a una de las situaciones más incómodas que había vivido nunca, el alojamiento. Como íbamos en modo ahorro decidimos coger algo en lo que pudiéramos dormir los tres juntos, y después de mucho buscar la mejor opción que encontramos fue un pequeño apartamento. El anuncio decía que tenía dos habitaciones dobles, una con cama de matrimonio y otra con dos individuales, lo cual era perfecto porque Dani se podía quedar en la de matrimonio y nosotras dos en las pequeñas, además las fotos eran bastante chulas así que, ya lo teníamos todo.

Después de un día divertido, entre aeropuertos, autobuses y mil fotos de camino al apartamento, por fin llegamos. En cuanto abrimos la puerta comprobamos que no era ni de lejos lo que habíamos visto en las fotos, era tremendamente pequeño y no le entraba luz por ningún sitio, las dos únicas ventanas daban a un patio de luces por el que era mejor no mirar. El baño era de esos que tenías que meterte entre el retrete y la pica para poder cerrar la puerta, y las habitaciones, bueno, para empezar solo había una con una cama de matrimonio, la otra era el comedor y un sofá cama que parecía de lo más incómodo.

Los tres nos miramos sin decir palabra, creo que flipando por cómo nos habían tomado el pelo. Pero yo flipaba más por lo que sabía que iba a pasar, lo lógico vamos, y Débora no tardó en soltarlo.

—Bueno, si te parece bien Dani, nosotras dos dormimos en la cama de matrimonio y tú en el sofá cama...

Dani me miró compasivo y yo me encogí de hombros ante la situación. Supongo que a Débora le daba igual dormir conmigo, pero a mí me inquietaba mucho hacerlo con ella, ¿Y si me rozaba? ¿Y si tenía uno de esos sueños que había tenido en más de una ocasión? No sé cómo empezaban pero siempre acababan conmigo restregando mi sexo contra el colchón mientras tenía un orgasmo. Joder, creo que ya no pude disfrutar del resto del día por el solo hecho de pensar en la noche.

Ese día ya no tuvimos tiempo para gran cosa, nos limitamos a pasear por el barrio que habíamos elegido, cenamos y nos volvimos al apartamento donde empezaría mi calvario. Me senté en un extremo de la cama y me cambié de espaldas a ella con la esperanza de que cuando me girara ella ya hubiera hecho lo mismo que yo, pero no fue así, todavía estaba vestida, parecía que estuviera esperando a que yo me metiera en la cama para empezar a desnudarse. Ni siquiera se giró un poco, de pronto dejó sus grandes pechos al aire delante de mí, y no pude apartar la mirada porque encima empezó a hablarme como si nada. Tuve la sensación de que quería asegurarse de que la miraba, no pude resistir la excitación, sobre todo al ver como sus pezones se endurecían por el cambio de temperatura.

¿Sería Débora una hetero de esas que quieren saber si le gustan a una lesbiana? ¿Sería una hetero-curiosa que quería provocarme para experimentar conmigo? No sabía que deseaba más en aquel momento, que ella se pusiese el pijama de una vez y dejara de mostrarme aquellos pechos preciosos que me nublaban la vista o saltar de la cama y acorralarla contra la pared para hacerla gritar mi nombre. Menuda agonía pasé hasta que por fin se puso el pijama y se metió en la cama. Me giré de espaldas a ella en posición fetal y no me moví en toda la noche por miedo a rozarla y no poder contenerme, casi no dormí, sentía su calor corporal en mi espalda, sus suspiros de tranquilidad mientras dormía y como le sonaban las tripas de vez en cuando, me pareció adorable, pero me levanté hecha una mierda. Además de no haber dormido me dolía todo el cuerpo por culpa de no haber cambiado de posición en toda la noche.

—¿Has dormido bien? —me preguntó Dani con un tono guasón.

—¿Tengo cara de haber dormido bien? —contesté de malhumor.

—Venga no te enfades, solo nos quedan un par de noches, en cuanto se levante nos vamos a por un café bien cargado.

Ese día lo pasamos de maravilla, visitamos infinidad de cosas y a casi todas partes nos desplazamos caminando, la verdad es que la arquitectura de Londres invita a pasear por sus calles sin dejar de contemplarlas. Dejamos la zona centro para el tercer día y nos dedicamos a los alrededores. Entramos en algunos museos, vimos el cambio de guardia, visitamos Hyde park, Chinatown, y no sé cuántas cosas más, aunque lo que más me gustó fue el cementerio de Brompton, llamarme tétrica, pero tengo debilidad por esos sitios, me transmiten una paz increíble. Por la noche acabamos en una feria que había cerca del Hard Rock Café y nos lo pasamos bomba en las atracciones.

Débora parecía otra persona, todas sus atenciones estaban concentradas en disfrutar de nosotros, supongo que yo en el fondo estaba convencida de que intentaría ligarse a unos cuantos Londinenses durante nuestro viaje, pero no fue así, de hecho no mostraba ningún tipo de interés por conocer a nadie, solo se dedicaba a Dani y a mí, hasta diría que en especial a mí. En más de una ocasión se colgó de mi brazo o me regaló algún beso en la mejilla, algo que hasta entonces no había hecho nunca. En las atracciones que solo cabían dos personas ella se sentaba conmigo, y en alguna que otra ocasión y con la excusa del miedo me abrazaba o me cogía de la mano, y digo excusa porque en ningún momento me pareció que tuviera miedo.

Cuando volvimos al apartamento se repitió exactamente la misma escena que la noche anterior, solo que esta vez sus pechos me parecieron todavía más bonitos, toda ella me pareció más exquisita que veinticuatro horas antes, y por si eso fuera poco, creo que estaba empezando a tener alucinaciones, porque cada vez que Debo me miraba me daba la impresión de que me deseaba, de que su mirada me suplicaba que le hiciera el amor durante toda la noche, mierda, tuve que cerrar las piernas con fuerza para intentar contener la excitación que me provocaban mis absurdas ideas. ¿Cómo iba a desearme Debo? Si su única misión en la vida era conquistar hombres y meterlos en su cama.

Supongo que el cansancio acumulado ese día y el hecho de no haber dormido casi nada la noche anterior, pudieron conmigo, y aunque intenté no hacerlo al final me acabé durmiendo. Me desperté sobresaltada y durante un instante no me moví, intentando ponerme en situación y discernir si lo que acaba de notar era un sueño o era real, mierda, lo noté otra vez, era real. Yo estaba en la misma posición que la noche anterior, de espaldas a ella cuando noté como unos dedos rozaban la cinturilla de mi pantalón. Me quedé sin respiración unos segundos deseando que aquello se quedara ahí, que hubiera sido un simple roce sin querer o que se hubiera equivocado de persona, porque Debo parecía estar dormida y su ruptura con Luis estaba todavía reciente, seguro que había tenido un calentón y como estaba dormida no había caído en la cuenta de que quien estaba a su lado no era él, era yo.

El corazón me latía desbocado cuando de pronto la noté otra vez, y esa fue diferente, no fue un roce, sus dedos literalmente intentaron colarse por debajo de mi pantalón como si trazaran un caminito de hormigas. En un acto instintivo y rápido le aparté la mano, no podía permitir aquello, ¿en qué clase de monstruo desesperado me convertiría yo si sabiendo que ella se había confundido la dejaba seguir?, ella emitió un sonido quejicoso cuando le aparté la mano y en cuestión de segundos repitió su invasión, y esa vez me molestó tanto tener que desprenderme de la mano que tanto deseaba que me tocara que fui más agresiva, sin querer claro, pero lo fui.

La agarré por la muñeca y le aparté el brazo con desprecio, como si fuera algo que me daba asco y de lo que quisiera deshacerme rápido. La fuerza con la que lo hice provocó que ella se moviera bastante y balbuceara algo que no entendí. Me coloqué en el borde de la cama intentando alejarme al máximo de ella y coloqué el edredón a modo de barrera entre nosotras, ya no volvió tocarme, pero tampoco volví a dormirme durante el resto de la noche.

Esa mañana bajamos a tomar café y mientras cruzábamos la calle en dirección a la cafetería, me dijo algo que me dejó de piedra.

—¿Davi puede ser que esta noche me hayas empujado?

¿Puede ser? Me quedé muerta, primero por la rabia que me dio que me lo

preguntara como si nada, claro, para ella era una puta anécdota, pero para mí fue uno de los momentos más incómodos y difíciles de controlar de mi vida, y segundo porque empecé a dudar de hasta qué punto estaba ella dormida cuando aquello pasó, ¿Y si lo hizo a propósito? ¿Y si estaba tanteando el terreno para satisfacer su curiosidad? ¿Y si todas las atenciones que me había prestado el día anterior eran para eso? ¿Para añadirme a su lista de conquistas?

—Davi... ¿Me has oído?

—Sí, perdona, puede ser...estoy acostumbrada a dormir sola, tal vez te haya notado y por instinto te haya apartado, no lo sé...no lo recuerdo Debo.

Dani nos miraba atónito y divertido a la vez, creo que iba a hacer algún tipo de comentario pero cuando vio mi cara de enfado se le quitaron las ganas de golpe. Dedicamos ese día a visitar el centro y todo lo que nos faltaba porque al día siguiente nuestro vuelo salía a media mañana y no íbamos a tener tiempo para más. Ese día no lo disfruté tanto como el anterior, lo que había pasado esa noche me atormentaba y su pregunta me cabreaba, y lo peor de todo es que aún tenía que dormir otra noche con ella, por primera vez desde que llegamos a Londres deseé no haber ido, desde luego iba a ser el primer y último viaje que hacía con ella.

—¿Davi estás bien? —me preguntó Dani aprovechando que Debo estaba en el baño.

—Sí, claro que estoy bien.

—Venga ya, llevas todo el día ausente y con cara de mala hostia, ¿Estás enfadada con Debo? ¿Te ha hecho algo?

—No lo sé Dani, ese es el puto problema, que no sé si me lo ha hecho. Ayer intentó meterme mano, y no sé si lo hizo porque estaba medio dormida y me confundió con Luis o porque realmente quería hacerlo y se hizo la dormida al ver que la apartaba.

—¿Por eso la empujaste? —preguntó divertido.

—Sí—contesté contagiada por su sonrisa.

La conversación terminó ahí, Debo salió del baño y continuamos nuestra ruta hasta bien entrada la noche. El resto de la tarde la pasé más tranquila, supongo que el hecho de habérselo contado a Dani me liberó, y además él se encargó de ser el centro de atención con sus bromas y sus ocurrencias para distraernos. Pero volvió a llegar la noche y el corazón se me subió a la garganta en cuanto entramos en nuestro diminuto apartamento.

Entré la primera en nuestra habitación y Debo cerró la puerta tras de mí.

—¿Esta noche también me vas a rechazar?

Me quedé inmóvil como una estatua al escucharla, no me giré, no quería verle la cara en aquel momento, estaba despierta, estaba despierta y era consciente de lo que había hecho, lo había hecho a propósito, menuda cabrona.

—Davi...

Me cogió del brazo y me hizo girar, entonces estallé llena de rabia pero en voz baja, no quería que Dani nos oyera.

—¿Lo hiciste a propósito? Eres una cabrona Debo, ¿qué pasa que quieres experimentar y yo soy tu puto conejito? ¿Estás cabreada porque Luis te dejó y quieres demostrarle que puedes tener a cualquiera?

—Vale ya Davi, eso no es así, ni siquiera sabes de lo que estás hablando —contestó enfadada.

—¿No? Pues dímelo tú, ¿A qué vino lo de anoche? Porque que yo sepa no te gustan las tías y que pretendas experimentar conmigo me jode Debo, ni siquiera te has parado a pensar que a lo mejor me gustas y que algo así podría hacerme daño, simplemente te has limitado a considerarme como a una de tus conquistas...

Su semblante cambió, y de pronto me sentí cruel tras lo que le dije, porque la había atacado sin darle opción a explicarse y ahora sus ojos estaban bañados en lágrimas y yo solo quería abrazarla.

—Luis no me dejó Davi, le dejé yo a él.

—¿Qué? —pregunté sorprendida—¿Por qué?

Se encogió de hombros y giró la cabeza en dirección a la pared, después se masajeó la sien nerviosa y empezó a llorar intensamente.

—Joder Debo, no llores venga...

La abracé y dejé que llorara sobre mi pecho hasta que se cansó, todo el cuerpo le temblaba y estaba muy roja, le sujeté la cara entre las manos y con los pulgares le limpié la humedad que las lágrimas habían dejado en sus mejillas, después se sentó a los pies de la cama y yo me agaché frente a ella.

—¿Por qué lo dejaste Debo? ¿Te engañó? ¿Te hizo algo? —pregunté desconcertada.

—Joder Davi, a veces no sé si eres así de corta o te lo haces, no lo dejé por nada de eso, lo dejé por ti, porque me gustas...—dijo con un suspiro.

—¿Cómo?

—Creo que me gustas desde el primer día...empecé a sentir cosas cuando estaba a tu lado, cosas que me gustaban, pero me asusté, yo nunca he estado con una mujer Davi, así que pensé que si me liaba con algún tío se me pasaría, por eso empecé a tontear con todos. Pero está claro que mi plan era una mierda porque no se me pasaba, así que decidí intentar ir más en serio con Luis y alejarme de ti, pero tampoco ha funcionado, te echaba de menos Davi...—confesó.

Dicho eso y ante mi cara de sorpresa agarró mi cuello y me llevó hasta ella, ya no necesitó nada más para dejarme llevar por el deseo que sentía por Debo, la besé despacio a la misma vez que me tumbaba sobre ella y permitía que sus manos se colaran por debajo de mi jersey para acariciar mi espalda. Tras eso las bajó hasta mis glúteos y con una sabiduría y un ritmo perfectos, hice coincidir nuestros sexos mientras nuestras caderas hacían el resto. Esa noche por fin pude recorrer con la lengua aquellos pechos que tanto deseaba, hicimos el amor durante horas hasta que el cansancio se apoderó de nosotras y

nos quedamos dormidas.

Dani no hizo ningún comentario aquella mañana, simplemente me guiñó un ojo cuando pasé por su lado, ¡joder que vergüenza!

Cierra los ojos

—Bueno Raquel, me temo que las radiografías muestran lo que ya temíamos, tienes ambos brazos rotos, lo siento mucho.

Asentí y ladeé la cabeza hacia un lado sin decir nada, ¿De qué iba a servirme? Salvo que alguien tuviera unos brazos de sobra para dejarme, nadie podía ayudarme. Supongo que en el fondo tenía que estar agradecida, porque si aquel plafón en lugar pillarme los brazos cuando cayó sobre mi mesa me hubiera dado en la cabeza ahora no estaría contando esta historia.

Después de que la enfermera me escayolara los brazos y curara las heridas que los cristales habían dejado en mis manos, el doctor me firmó el alta y cogí un taxi para que me llevara a casa. Durante el trayecto iba pensando en cómo me las iba a apañar yo sola sin prácticamente poder usar las manos, podía mover los dedos, pero me dolían mucho, además de los cortes tenía muchos hematomas por el impacto. Creo que cualquier otra persona en mi situación se hubiera sentido desesperada, pero yo, estaba tan acostumbrada a estar sola y a no poder contar con nadie que supongo que aquel estado no me asustaba tanto como debería hacerlo.

Me preocupaba más la ansiedad y la soledad que sentía, antes que el hecho de no tener brazos durante un mes. Hacía tres semanas que mi empresa me había trasladado a la delegación de Valencia, necesitaban cubrir un puesto con alguien interino que ya tuviera experiencia y que mejor candidata que una mujer soltera, sin hijos y sin previsión de tener familia, por no tener no tenía ni mascota. Acepté sin darle muchas vueltas, al fin y al cabo, no estaba tan lejos de Madrid, iría a visitar a mis padres una vez al mes y ya está. Mi mejor amiga acababa de casarse y digamos que no tenía demasiado tiempo para mí, así que no había nada que me retuviera allí.

Creo que antes de llegar a mi casa ya había planeado como lo haría todo, solo encontré dos cosas que tuve claro que no podría hacer sola, la primera, abrochar o desabrocharme el sujetador, y la segunda, lavarme la cabeza. Para

la primera la única solución que se me ocurrió fue no ponérmelo, total, en mi estado poco iba a salir de casa, y allí nunca lo llevaba. Para la segunda solo existía una opción, ir a una peluquería y que allí me lavaran la cabeza. Ya había planeado como lavarme el cuerpo, y aunque sabía que todo iba a ser mucho más difícil de lo que yo pensaba, estaba segura de que con paciencia podría hacerlo, y bueno, si había una cosa que iba a tener durante ese mes era tiempo. Pero lo de la cabeza lo veía muy complicado, el solo hecho de levantar los brazos ya hacía que rabiara de dolor, eran demasiadas cosas, mojarme la cabeza, enjabonarme, aclararme, desenredar...no que va, no podría, y menos si encima tenía que evitar que se me mojaran las escayolas.

Esa tarde me quité el sujetador haciéndolo bajar hasta mi cintura y ya no me lo volví a poner más. Me retorcí de dolor para quitarme los pantalones, tuve que hacer malabarismos para prepararme la cena y llevarme un simple bocado a la boca se convirtió en un auténtico infierno. Las manos me temblaban por el dolor y la escayola me impedía cerrar el brazo del todo, con mucho cuidado y esmero conseguía agarrar el tenedor con dos dedos, pero sentía tanto dolor que tenía que soltarlo antes de conseguir su contenido. Me planteé incluso la opción de comerme los macarrones como un perro, directamente del plato, pero la propia desesperación que me provocaba la situación acabó con mi apetito, así que al final acabé bebiéndome un vaso de leche con una pajita. Hasta lavarme los dientes se convirtió en una auténtica odisea para mí, y eso era solo el principio...

Esa noche volví a llorar, como venía haciendo muy a menudo durante el último año, supongo que podría decir que estaba un poco deprimida. Tenía treinta y cinco años y aún no sabía lo que era sentirse amada, jamás había encontrado a nadie que me enseñara lo que era eso, que me quisieran, que se preocuparan por mí, que me echaran de menos. Nunca.

Supongo que durante muchos años no me importó, pensaba que ya llegaría, pero a raíz de cumplir los treinta y cinco me vino el bajón, si en mis mejores años no era capaz de atraer a alguien que me quisiera ¿cómo iba a hacerlo conforme fuera más mayor y mi cuerpo se fuera marchitando cada vez más?

Entre semana ese sentimiento de vacío y tristeza era más llevadero, el trabajo me mantenía distraída y el cansancio no me dejaba pensar mucho. Era

durante el fin de semana cuando peor lo pasaba, cuando me daba cuenta de lo sola que estaba en aquella casa vacía, sin nadie con quien hablar o con quien salir simplemente a dar una vuelta. Era una sensación horrible, y ahora iba a estar un mes encerrada en casa sin brazos y sin nadie a quién pedir ayuda, perfecto. Solo habían pasado unas horas desde mi accidente y ya había comprobado lo duro que iba a ser lo que me esperaba. Pensar en que debía pasar un mes en ese estado, hacía que se encogiera algo dentro de mí, nunca me había sentido tan sola ni tan triste.

A la mañana siguiente, después de más de una hora para poder ducharme y de tener que ponerme un pantalón de chándal porque era incapaz de subirme los vaqueros, cogí una camiseta de manga corta bastante ancha para que no me costara ponérmela y me bajé a la peluquería que había a un par de puertas de mi edificio en chanclas, por supuesto tampoco podía atarme las deportivas. No había entrado nunca, y probablemente no fuera la peluquería que yo escogería en una situación normal, era demasiado grande, demasiada gente, y todo eso era equivalente a demasiado ruido, algo que en mi estado me molestaba bastante, pero para que me lavaran la cabeza me valía cualquiera.

—Lo siento, hoy lo tenemos todo lleno—me dijo la chica que había en el mostrador.

Estaba apuntando algo en una libreta y ni siquiera se molestó en levantar la cabeza para mirarme a la cara, solo tuve tiempo de decir hola y ya me estaba echando. Creo que el desprecio y la indiferencia con la que me habló, sumado a la impotencia que sentía por no poder hacer nada por mí misma no ayudaron en absoluto a mi estado de ánimo, noté como los ojos se me bañaban en lágrimas y la barbilla me temblaba mientras contenía las ganas de llorar. Rápidamente intenté pensar en otra peluquería cercana pero no se me ocurría ninguna, no conocía el barrio todavía y tampoco me apetecía pasear por la calle con aquellas pintas, así que decidí volverme a casa y ya probaría suerte al día siguiente.

—¿Para qué era? —preguntó de nuevo sin levantar la cabeza.

—Nada, solo necesitaba que me lavaseis la puta cabeza...—susurré en voz baja mientras me daba la vuelta sin que ella me escuchara.

Justo cuando lo hice me di cuenta de que una mujer acababa de entrar y estaba justo detrás de mí, tuve que pararme en seco para no chocar con ella y esquivarla para poder salir de allí.

—Lo siento—susurré con un hilo de voz.

—Espera...

Colocó su mano en mi vientre y me detuvo. Su voz sonó tan dulce y su gesto fue tan tierno y amable que cuando alcé la vista para mirarla no pude evitar que mis lágrimas salieran, fue tanta la vergüenza que sentí al hacerlo que agaché la cabeza de nuevo y me dirigí a la puerta para salir corriendo de allí, pero me encontré con un nuevo problema: ¡la puerta abría hacia adentro! Cuando llegué me bastó con empujarla con el hombro, pero ahora no podía salir si alguien no me ayudaba, y eso acabó de hundirme. Me quedé delante de la puerta con la vista clavada en el suelo, como si aquella posición fuera a hacer que se abriera sola. De nuevo esa mujer apareció a mi lado con una amabilidad terrible.

—Yo te abro, tranquila...

Ni siquiera le di las gracias, salí con prisas y sin poder evitar que ella saliera detrás de mí.

—Espera no te vayas... —me pidió.

Me detuve y me senté en el escalón de la entrada del portal de al lado e intenté serenarme un poco.

—Necesitas que te laven la cabeza ¿no? ¿Es eso lo que he oído? —preguntó tras agacharse frente a mí.

—Sí...pero parece que está todo lleno—sonreí resignada mientras me sorbía los mocos.

Supongo que el hecho de que alguien se hubiera tomado la molestia de escucharme me hizo sentir mejor. Fue entonces cuando la miré de nuevo y realmente la vi, era algo más mayor que yo, o al menos lo parecía, era

preciosa. Tenía un semblante muy agradable y una mirada oscura que quitaba el sentido, tenía el pelo castaño con ondulaciones muy marcadas, lo llevaba perfectamente peinado, como si acabará de salir de la peluquería.

—Yo lo haré.

—¿Qué?

—Yo te lavaré el pelo—afirmó.

—Pero la peluquera ha dicho...

—Esa chica no es peluquera, es gilipollas, y en cuanto se le acabe el contrato se va a la calle.

La miré sorprendida.

—La peluquería es mía, entra conmigo y cuando haya un lava cabezas libre yo misma te lavo el pelo.

—Lo siento, yo no pretendo que echas a nadie por mi culpa, creo que ella estaba muy liada con la agenda y...

—No es solo por ti te lo aseguro, esa chica no tiene educación ni carácter para estar de cara al público, no es algo que haya decidido hoy, tomé la decisión hace días.

Sacó un paquete de clínex de su bolso y extrajo un pañuelo y me lo ofreció. La miré agradecida antes de intentar cogerlo con dos dedos que me temblaban y dolían demasiado, ni siquiera sabía cómo iba a secarme las lágrimas con él y eso me hizo sentir peor.

—Perdona, soy una insensible joder, deja que yo te seque—dijo retirando el pañuelo de mis manos al ver que no podía.

—Noo—balbuceé avergonzada.

—Venga...no pasa nada mujer, solo son lágrimas, y todas necesitamos ayuda en algún momento. Déjate ayudar anda...

Suspiré hondo y ella colocó su mano izquierda en mi barbilla y uso la derecha para secar mi cara y mis ojos con un cuidado y una delicadeza que jamás habían mostrado conmigo antes.

—Gracias—susurré.

—No hay de que, venga...entra conmigo por favor, vamos a lavarte ese pelo y ya verás lo bien que te sentirás después.

Me ayudó a levantarme y cuando abrió la puerta me sentí muy agobiada al ver a tanta gente, estaba colapsada, necesitaba silencio y empecé a respirar incómoda.

—¿Te importa si espero aquí fuera?

—No, no me importa, pero mira, aquella chica ya ha acabado, vente conmigo anda...

La seguí. En un momento lo preparó todo y me colocó la toalla por encima de los hombros. Me senté y me eché hacia atrás. Sentí un gran alivio al notar el frío del lava cabezas en el cuello.

—¿Estás bien así? —preguntó con una sonrisa mientras me rodeaba para colocarse detrás.

Asentí y clavé la mirada en el techo mientras ella abría el grifo y empezaba a mojarme el pelo. En ese momento me vino un suspiro de esos que parece que te vas a ahogar, de los que tienes después de haber llorado mucho. Creo que me sorprendí cuando me pasó y me removí inquieta intentando agarrarme a la silla como si tuviera miedo, pero claro, no podía agarrarme. Entonces sentí como ella colocaba su mano mojada en mi barbilla y me acariciaba con suavidad para que me calmara.

—No pasa nada, tranquila... ¿La temperatura está bien?

Volví a asentir y ella empezó a enjabonarme con delicadeza, notaba como sus dedos masajearan mi cabeza con suavidad y no pude evitar estremecerme cuando la noté por detrás de mis orejas y cerca de mi nuca. Me aclaró un poco

y después echó alguna mascarilla en mi pelo.

—¿Por qué no cierras los ojos? Ahora te haré un masaje, intenta relajarte...te vendrá bien—me susurró.

—No puedo cerrarlos—sonreí con timidez—creo que me da miedo hacerlo.

Era cierto, nunca lo había hecho porque tenía la sensación de que me quedaba indefensa si lo hacía, siempre había envidiado a toda la gente que se relajaba y disfrutaba de esos masajes con tranquilidad.

—Bueno, pues déjalos abiertos, pero intenta dejar la mente en blanco, no pienses en nada.

—Vale.

Le hice caso e intenté no pensar en nada, pero no lo conseguí, porque en ese momento había una cosa que se había apoderado de mis pensamientos, ella. Por suerte no era un pensamiento desagradable. Tuve la sensación de que me estaba regalando más rato de la cuenta, quizá quería compensarme por el trato que me había dado su empleada, pero lo cierto es que me daba igual, porque por primera vez en mucho tiempo me sentía tranquila y relajada, aunque fuese incapaz de cerrar los ojos. Tras un buen rato empezó a aclararme y me secó con la toalla.

—Venga, que te lo seco. ¿Cómo lo quieres suelto o recogido?

—Me harías un favor si me haces una cola alta.

—Una cola entonces.

Me molestó mucho el rato que estuvo con el secador, quería que acabara rápido porque deseaba volver a escuchar su voz, me daba igual lo que me dijera, solo quería que me hablara.

—¿Vives cerca de aquí? —preguntó mientras me cepillaba.

—Un par de puertas más abajo, ¿Por qué?

—Curiosidad, he supuesto que tal y como estás habrás buscado la peluquería más cercana—dijo con una sonrisa que vi a través del espejo.

—Sí, supongo que no estoy para muchos trotes...

—¿A qué hora te levantas?

—¿Cómo? —pregunté con sorpresa.

—No soy una acosadora si es lo que piensas, venga contesta...

—Suelo levantarme sobre las siete, más o menos ¿Por qué quieres saberlo?

Se agachó detrás de mí y me habló al oído mientras me miraba a través del espejo.

—Porque he notado que te molesta la gente, supongo que estás un poco de bajón y yo sé lo que es eso, y también sé lo mucho que se agradece la tranquilidad en esos momentos. Te propongo algo, yo no abro hasta las nueve, vente a las ocho cada día y yo te lavaré tranquilamente...ya verás cómo al final acabas cerrando los ojos. ¿Qué me dices?

—Gracias.

Eso fue lo único que pude decir, ella no tenía ni idea de lo mucho que significaba eso para mí.

—De nada...

Después de eso me hizo la cola más bien hecha que había llevado nunca, si no fuera por mis pintas me hubiera sentido hasta guapa.

—¿Cómo te sientes ahora? —susurró en mi oído mientras apoyaba sus brazos al lado de los míos y me miraba a través del espejo.

Me puso muy nerviosa, me encantaba la forma que tenía de mirarme y lo atenta que se mostraba conmigo.

—Limpia—sonreí.

Pude ver la cara de idiota que se me quedó ante mi absurda respuesta a través del espejo y como ella sonreía sin despegarse de mí.

—Limpia y bonita... —dijo acariciando mi cola.

Le sonreí otra vez y las dos nos dirigimos al mostrador.

—¿Cuánto te debo? Tengo el dinero en el bolsillo...

—Nada—sonrió.

—Ni hablar, eso sí que no, si no me cobras no vuelvo.

—Solo hoy, el resto de días me pagas, pero hoy no, es lo mínimo que puedo hacer después del trato que te ha dado.

—Ya me lo has recompensado de sobra...

Me sonrió de nuevo, y con cada nueva sonrisa provocaba que me fuera más difícil mantenerle la mirada sin ruborizarme.

—Me alegro, pero aun así, hoy invita la casa.

—Gracias.

—Oye—dijo cuándo iba a marcharme.

—¿Qué?

—¿Estarás bien?

—Sí, no te preocupes—sonreí con timidez.

Le di las gracias de nuevo y me fui a casa, aproveché que un vecino salía para cruzar el portal y tras intentar girar la llave de mi puerta con la boca sin

éxito, tuve que llamar a una vecina para que me abriera. No fue hasta que no estuve dentro de mi casa cuando me di cuenta de que no sabía ni su nombre, pero no me importó, porque al día siguiente volvería a verla y podría preguntárselo. Pasé el resto del día más tranquila de lo que hubiera imaginado, pedí comida china para comer, unos rollitos de primavera, así no tenía que utilizar cubiertos. Me pasé la tarde leyendo y viendo series en el portátil para distraerme y no pensar en las ganas que tenía de que llegara el día siguiente.

Me levanté un poco antes de las siete porque quería ducharme, y claro, eso me llevaba mucho más tiempo del habitual. Ese día no estaba dispuesta a ir con las pintas del anterior, me puse unos pantalones elásticos de color negro que me costaba menos subirme sujetándolos entre las escayolas, pero cuando lo conseguí me encontré con otro problema: el puto botón, fui incapaz de abrocharlo, pero como me había podido subir la cremallera pensé que sería suficiente. Para la parte de arriba no tuve remedio, el sujetador seguía siendo una prenda prohibida y una camiseta ancha necesaria. En lugar de las chanclas me puse unas deportivas, y como no podía abrochar los cordones los metí por el lado para no pisármelos, ¡solo me faltaba caerme!

A las ocho en punto me planté en la puerta de la peluquería, la persiana ya estaba subida y la puerta abierta, ella estaba al fondo preparando el lava cabezas.

—Hola—saludé con timidez.

—¡Ey hola! Espera que cierro la puerta para que no entre nadie, ve sentándote.

Creo que esa mañana todavía me pareció más guapa que el día anterior, sentí un cosquilleo terrible y el corazón se me detuvo unos instantes cuando pasó por mi lado y me apretó el brazo a modo de saludo cariñoso antes de cerrar la puerta.

Empezó a enjabonarme y masajearme la cabeza con la misma suavidad que el día anterior, solo que yo empecé a sentir pequeños calambres de placer que me recorrían todo el cuerpo conforme sus dedos se hundían entre mi pelo.

Todo estaba en absoluto silencio, no había ruido, ni voces, ni música, ni siquiera se oía el ruido de los coches, era tal el silencio que podía escuchar su respiración pausada, lenta y relajada.

—¿Soy muy indiscreta si te pregunto qué te ha pasado?

—No—sonreí—ha sido un accidente laboral, un plafón se descolgó y me cayó en los brazos mientras escribía en el portátil.

—Vaya, eso sí que es mala suerte. Creo que es la primera vez que veo a alguien con los dos brazos escayolados, ¿Te las apañas bien? ¿Vives con alguien?

Sonreí antes de contestar, estaba segura de que esa pregunta escondía algo más que el interés por saber si me las arreglaba bien sola.

—Vivo sola, pero me las voy arreglando...

—Sí, ya lo veo...has escondido los cordones para no pisarlos—dijo burlona ante mi sonrisa—venga, llegó la hora, cierra los ojos...

Lo intenté, pero en cuanto lo hice me invadió la ansiedad y los volví a abrir de golpe.

—Tal vez mañana... —susurró.

Y volví a sonreír. Me hizo otra cola alta de nuevo y estuvimos hablando un rato hasta que la primera de sus empleadas llegó. Tras eso me ayudó a levantarme y fuimos juntas al mostrador.

—Espera, deja que te ate los cordones anda, no quiero que te caigas...

—No hace falta, en serio, de aquí a casa dudo que me tropiece...

Pero ya era tarde, ya había apoyado una rodilla en el suelo para atar mis cordones.

—¿Te abrocho también el pantalón? —preguntó socarrona.

—¿Eh?

Creo que me quedé sin aire, en cuanto me hizo esa pregunta bajé la vista a mi cintura como un robot cuando recibe una orden, supongo que cuando estaba sentada la cremallera debió bajarse y ni siquiera me había dado cuenta, la camiseta tapaba el botón desabrochado, pero no la cremallera, y se me veían las bragas joder. Me puse roja como un tomate y ella sonrió divertida.

—A ver déjame...

Se colocó detrás de mí y me rodeó con los brazos hasta alcanzar el cierre del pantalón, sentí una sacudida de excitación en el centro de mi cuerpo en cuanto noté como sus dedos rozaban mi cintura al abrochar el botón, y como después se peleaban para coger el diminuto tirador de la cremallera que había justo encima de mi sexo hasta subirla. Cuando terminó se quedó unos segundos pegada a mí, como si necesitara sentirme, fue muy breve, pero suficiente como para que yo deseara que no se separara nunca de mí, de pronto sentía una necesidad terrible de tenerla cerca.

—Bueno, creo que ya está—dijo después de aclararse la voz.

—Gracias, otra vez...

—De nada, otra vez...Te voy a dar mi número por si necesitas algo ¿vale? Estoy a un paso de tu casa, así que si necesitas ayuda para cualquier cosa llámame.

Cogió un rotulador y empezó a dibujar los números de su teléfono en mi escayola izquierda.

—Es para que no puedas decirme que lo has perdido—susurró traviesa ante mi divertido gesto de sorpresa.

—¿Ese número tiene un nombre? —pregunté cuando terminó.

—Claro, perdona...

Cogió mi escayola derecha y ante mi risa escribió su nombre.

—Uno a cada lado, así te acordarás de mí mires a donde mires—dijo guiñándome un ojo.

—Silvia—leí en voz alta.

—Esa soy yo, sí—sonrió— ¿Y tú?

—Raquel.

—Pues es un placer Raquel...

—Lo mismo digo Silvia...

Si el día anterior me había ido contenta, ese ya no tenía nombre para describir lo que sentía cada vez que pensaba en Silvia. La primera semana pasó muy rápido, repetíamos prácticamente las mismas escenas a diario, yo entraba, ella ataba los cordones de mis deportivas, me lavaba el pelo, me daba un masaje, me pedía que cerrara los ojos y yo seguía sin conseguirlo, hablábamos hasta que llegaban sus empleadas y solo entonces yo me iba. Estuve tentada de marcar su número en incontables ocasiones, no para que me ayudara, sino para pedirle que viniera con ese pretexto y así poder verla unos minutos más, esa hora que me dedicaba por las mañanas ya no me parecía suficiente, de hecho, creo que no me lo había llegado a parecer ningún día, siempre deseaba más.

Ese día seguí mi rutina igual que los últimos siete, solo que no iba a acabar como los demás y yo todavía no lo sabía. Después de lavarme la cabeza y provocarme unas sensaciones que me gustaban cada día más, me hizo sentar en la silla para secarme el pelo y hacerme la cola.

—Tienes una melena preciosa Raquel, cuando estés bien me encantaría verte un día con el pelo suelto.

No es que en ese momento no pudiera llevarlo suelto, pero siempre me solía colocar los mechones detrás de las orejas para apartar el pelo de la cara y ahora me hacía daño con el gesto, así que mejor con cola.

—Claro... —respondí con timidez.

Ella me sonrió y cuando tuvo mi cola perfectamente acabada me acarició la nuca con los dedos como si estuviera peinando los pelitos sueltos que quedaban por abajo. Sentí un escalofrío recorrer mi columna en cuanto lo hizo y sin controlarlo eché la cabeza ligeramente hacia atrás para buscar más contacto, no quería que parara nunca, y Silvia no apartó sus dedos. Siguió con aquellas caricias mientras nos mirábamos fijamente a través del espejo, empezó a rozar los lados de mi cuello con la parte superior de sus dedos con una lentitud que me desesperaba. Sus dedos se deslizaban por mi cuello hacia arriba provocando que me estremeciera conforme avanzaba. Cuando llegó a mis orejas acarició mis lóbulos sutilmente con los pulgares para después volver a descender. No paró hasta que se topó con el cuello de mi camiseta y empezó a dibujar todo el círculo en mi piel con las uñas mientras mi respiración se iba volviendo cada vez más pesada, igual que la suya.

Poco a poco Silvia me mandaba señales, creo que me tanteaba con cuidado para no asustarme, lo que ella no sabía es que además de encantarme esa paciencia y dedicación que tenía conmigo, yo también quería tocarla, solo que no podía.

Literalmente dejé de respirar cuando su dedo índice se coló por dentro de la camiseta y siguió la línea de mi clavícula muy despacio, entonces la puerta se abrió y una de sus empleadas interrumpió aquel momento que me estaba volviendo loca.

—Deja que te invite a comer, Raquel—dijo justo antes de abrirme la puerta de la calle.

—¿A comer? ¿Te refieres a comer en un restaurante o algo así?

Empezó a reírse, y no me extraña, menuda pregunta más absurda.

—Algo así, sí...

—No sé Silvia, yo no...

—Venga Raquel, quiero asegurarme de que comes bien un día, mírate,

cada día estás más delgada, a saber con qué te alimentas...

No pude evitar reírme de nuevo, y deseaba más que nada aceptar su invitación, pero la idea de ir con aquellas pintas y sin sujetador se me hacía muy incómoda.

—¿Qué pasa Raquel? Va mujer, te irá bien salir un poco y despejarte, no puedes tirarte un mes entero encerrada en tu casa...

—No es eso Silvia...

—¿Y entonces qué es?

—Mírame—dije separando los brazos del cuerpo.

—Créeme si te digo que estoy deseando que cruces esa puerta cada día, para hacerlo.

El corazón se me detuvo y me quedé pasmada sin saber qué decir, la miré aterrada por un momento y ella se encargó de romper ese silencio incómodo que yo y mi timidez habíamos creado.

—Te estoy mirando Raquel ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que tengo que ver? Dime... —preguntó divertida.

—Joder, no puedo ir con estas pintas Silvia—me quejé—ni siquiera llevo sujetador y no sabes lo incómodo que es caminar por la calle así...

—Puedo ayudarte a vestirte, te di mi número para algo.

—Ya...

—¿Ya? Pero te da vergüenza ¿no?

—Un poco...

—Tengo lo mismo que tú, y no eres la primera mujer a la que le veo las tetas Raquel, no seas infantil por favor.

La verdad es que tenía razón, y además estaba segura de que tarde o temprano acabaría viéndomelas, y no precisamente porque me estuviera poniendo ropa...

—Vale, vivo en el segundo portal, tercero A.

—Muy bien, me paso sobre las doce ¿Vale?

—Vale, oye, ¿a dónde iremos? Porque los cubiertos y yo no nos llevamos muy bien últimamente...

Eso le arrancó una carcajada que me contagié a mí también.

—No te preocupes, había pensado llevarte a una pizzería que conozco, lo único que necesitas es sujetar el trozo y dar mordiscos, y si te cansas también puedo ayudarte...

—Bien—contesté aliviada.

Pasé el resto de la mañana atacada de los nervios, no solo por la cita que tenía con ella, porque creo que era una cita, sino porque a las doce ella vendría literalmente a verme las tetas y solo de pensar en la escena me temblaban las piernas...ella y yo en mi habitación, yo desnuda, de cintura para arriba, ella mirando, ¿y si un dedo suyo me rozaba sin querer? O peor aún ¿Y si me rozaba queriendo? Sentía la humedad entre mis piernas cada vez que esa imagen venía a mi mente. Volví a ducharme y me puse a leer mientras esperaba. A las doce en punto llamó al timbre.

No me molesté en preguntar quién era, simplemente descolgué el telefonillo y apreté el botón con el codo. Esperé en la puerta mientras oía subir el ascensor, y cuanto más cerca estaba más fuerte y rápido me latía el corazón.

—Hola...

—Hola, pasa por favor...

La invité a caminar delante de mí hasta que llegamos al comedor.

—Tienes un apartamento muy bonito Raquel.

—Gracias...

Cada vez me sentía más nerviosa, ella estaba increíblemente guapa, se había recogido la melena y llevaba unos vaqueros rotos y una camisa de cuadros ajustada que marcaba perfectamente el volumen de sus pechos.

—Siento el desorden, no puedo ocuparme de ciertas cosas, últimamente me siento un poco como Eduardo Manos Tijeras...

—No te preocupes—dijo sonriendo.

La verdad es que empezaba a incomodarme el hecho de lo que sabía que tenía que pasar así que pensé que cuanto antes acabáramos con esa situación mejor.

—¿Me ayudas y nos vamos?

—Claro.

Dejó su bolso y me siguió hasta la habitación, yo ya había dejado encima de la cama el sujetador y la camiseta que quería ponerme. Me detuve y ella se paró justo detrás de mí, me quedé a los pies de la cama en silencio, con la mirada clavada en la ropa y de nuevo me invadieron los nervios.

—¿Quieres quedarte de espaldas para que te resulte menos violento? —susurró muy cerca de mi cuerpo.

Asentí como una niña pequeña y sus manos agarraron la parte inferior de mi camiseta y empezaron a tirar hacia arriba. Alcé los brazos y no pude evitar quejarme por el dolor, la verdad es que ciertos movimientos me provocaban unos pinchazos tan dolorosos que me cortaban la respiración.

—Ya está, shhh, ya está Raquel...baja los brazos—susurró para calmarme cuando acabó de quitarme la camiseta.

Me quedé unos instantes con los brazos formando un ángulo de noventa grados, eso me aliviaba. Silvia se acercó más a mí y sujeto mis brazos en aquella posición con su barbilla apoyada en mi hombro, sin decir nada, solo ayudándome a soportar el peso de las escayolas. Colocó la palma de sus manos justo debajo de las mías y sus dedos recorrieron los míos con delicadas caricias para evitar hacerme daño.

De repente todos mis miedos habían desaparecido, me daba igual no tener ropa de cintura para arriba siempre y cuando fuera Silvia la que me inundara la espalda con su calor. Se pegó más a mí, noté sus pechos a través de su camisa acomodándose en mi espalda desnuda y como sus manos abandonaban las mías para rodear mi vientre mientras me besaba el hombro con mucha suavidad. Creí que iba a deshacerme cuando sus besos cada vez más húmedos trazaron un intenso camino de ascenso por mi cuello y sus dientes mordisquearon el lóbulo de mi oreja derecha provocándome un enorme escalofrío.

—No seguiré si no quieres...—habló rozando mi oreja con su nariz.

Pero joder, sí que quería, deseaba que me abrazara con más fuerza y que me hiciera suya, pero que derecho tenía a pedirle nada si no podía ni tocarla. Yo nunca había estado con una mujer y lo único que se me ocurría que podía hacerle era el sexo oral, pero me daba miedo, no porque no quisiera hacérselo, me daba miedo hacerlo mal, no tener las manos implicaba no tener apoyo, no poder tantear su sexo o separar sus labios como me gustaría hacerlo, no acababa de ver cómo podía complacerla en esas condiciones tan torpes.

—No puedo ni tocarte Silvia...—contesté nerviosa.

Entonces sus manos recorrieron el camino hasta mis pechos y los cubrió con ellas, masajeándolos con una intensidad arrolladora que me arrancó un gemido. Dejé caer la cabeza hacia atrás apoyándola en su hombro y ella empezó a besar mi cuello y mi oreja con suavidad.

—No quiero que hagas nada, llevo toda la semana deseando esto Raquel, déjame complacerte...

—Pero no es justo...

—Claro que lo es... ¿No has estado nunca con una mujer verdad?

—No...

—Pues hay muchas formas con las que puedo sentir placer sin necesidad de que me toques, así que, si eso te preocupa tranquila, me las arreglaré, ahora solo quiero verte... —susurró.

Dicho eso me hizo girar sobre mi propio eje y contempló mis pechos unos instantes antes de empezar a besarme, apoyé mis escayolas en su cuello y Silvia dio un respingo por el frío.

—Lo siento—sonreí en su boca.

Ella me devoró con más hambre y empezó a bajar mis pantalones, era tal la excitación que sentía que no consigo recordar el momento en el que mis bragas cayeron al suelo y me sentí totalmente expuesta ante la mirada de Silvia.

—Desnúdate—le pedí.

Y lo hizo, lentamente fue retirando hasta la última de las prendas que cubrían su cuerpo mientras yo la miraba con intensidad y acercaba un tembloroso y dolorido dedo índice para acariciar la cicatriz que le había dejado su apéndice. Ella me sonrió y me ayudó a tumbarme en la cama, se apoyó sobre los codos y empezó a lamer y trazar círculos con la lengua sobre mis pezones mientras yo me removía inquieta por la excitación y el placer que sentía, de pronto sentí como su mano se desplazaba rápidamente sobre mi vientre en dirección a mi sexo y lo único que fui capaz de hacer fue separar más las piernas para dejarla entrar sin barreras. Sonrió y empezó a masajearme mientras yo la besaba ansiosa, agarraba su cara entre mis escayolas con miedo de no apretar mucho y hacerle daño.

Sentí como sus dedos entraban en mi interior y gemí con intensidad cuando la sentí dentro de mí, aunque me dolió un poco me gustó mucho el ritmo con el que empezó a mover sus dedos en mi interior.

—¿Te duele? —preguntó alarmada.

—No... Sigue por favor—jadeé.

Y siguió, hasta que el poco dolor que sentía desapareció y todo se convirtió en auténtico placer, empecé a mover la cadera ansiosa y ella aceleró el ritmo hasta que me corrí. Y de pronto vi la luz, supe cómo podía recompensarla y me moría de ganas de hacerlo.

—Ponte aquí—dije señalando mi cara.

Me miró con asombro y sonrió.

—No hace falta Raquel, de verdad, eso no es necesario, cuando estés mejor...

—Por favor, quiero hacerlo...

Sus ojos se encendieron por el deseo y se colocó a horcajadas sobre mi cara dejando su sexo totalmente expuesto a escasos dos centímetros de mi boca. Pude ver su tremenda humedad y al sentir el dulce olor que desprendía no pude evitar que mi lengua traviesa le arrancara un grito de placer. Se agarró con una mano a la cabecera de la cama y con la otra sujetó mi cabeza para atraerme hacia ella mientras enredaba sus dedos entre mi pelo. Me agarré a sus muslos como pude hasta encontrar la posición que me permitía lamer su sexo con cierta comodidad. Me abrí paso con la lengua y saboreé hasta el último rincón de su intimidad antes de recrearme en su clítoris mientras ella se movía con cuidado contra mi boca. Empezó a jadear, y con cada uno de sus jadeos mi lengua hacía presión contra su zona de máximo placer para después sorberlo y masajearlo con la lengua sin cesar. Los jadeos se transformaron en intensos gemidos antes de que Silvia se corriera en mi barbilla.

Ese día no me llevó a comer, pedimos unas pizzas y comimos en mi apartamento sin salir de la cama hasta el día siguiente.

Por la mañana me ayudó a ducharme y bajamos juntas a la peluquería para que me lavara la cabeza.

—Venga Raquel, cierra los ojos... —dijo pasando su mano por mi cara para ayudarme.

Los cerré, y por primera vez en mi vida no sentí la necesidad de abrirlos, me relajé y me dejé llevar por sus caricias, disfruté del masaje de Silvia como nunca lo había hecho ni lo haría ninguno de sus clientes, porque el mío acabó diferente.

—No te muevas y no abras los ojos—ordenó dando un toquecito en mi frente con un dedo cuando terminó.

Obedecí con una sonrisa y la oí rodear la silla hasta sentir como se sentaba sobre mí a horcajadas.

—No los abras eh... —dijo de nuevo con un tono divertido.

—Noo... —sonreí.

—Así me gusta...

Noté su aliento en mi boca y el tono de su voz se volvió ronco, sus manos todavía mojadas acariciaron mis mejillas con suavidad y de pronto sentí como sus labios se posaban sobre los míos en un beso intenso y profundo. Su lengua se abrió paso entre mis labios hasta hacer que me muriera de placer cuando entró en contacto con la mía. El corazón me latía desbocado, mi respiración se había acelerado tanto que sus pechos apoyados en los míos me pesaban. Sentí como una de sus manos se abría paso entre nosotras hasta posarse entre mis piernas a la vez que unas divertidas y placenteras cosquillas inundaron mi sexo al notar el contacto, haciendo que mis caderas buscaran su mano con desconsuelo.

Justo en aquel momento me di cuenta de que romperme ambos brazos no había sido una putada, había sido lo mejor que me había pasado en la vida.

Tal vez solo hiciera una semana que nos conocíamos, pero con Silvia supe lo que se sentía cuando alguien se preocupa por ti, ella me hacía sentir que importaba, que merecía ser amada, y sobre todo me dio la oportunidad de saber también lo que era poder amar a alguien.

Continuará... (o no)

Si has llegado hasta aquí me imagino que será porque el libro te ha gustado (o al menos eso espero). Te agradecería mucho que dejaras tu valoración en Amazon para ayudarme a presentar mi libro a más lectoras.

Ah, por cierto, ¿Quieres un relato gratis? Pues aquí tienes otro...

Entra en mi web: <https://monicabenitez.es/> y descárgate de forma gratuita el relato *Libérate*, una historia protagonizada por Olga, una mujer que está atravesando un momento de actividad sexual que la tiene muy desconcertada, ante eso, y temiendo que se trate de un problema grave, decide acudir a una psicóloga. Allí se encontrará con Andrea, una joven que le dará un diagnóstico totalmente diferente a lo que ella imaginaba.

Si quieres ponerte en contacto conmigo puedes hacerlo a través del correo: hola@monicabenitez.es o en mi cuenta de Twitter [@monicabntz](https://twitter.com/monicabntz), estaré encantada de que lo hagas :) También puedes seguirme en [Facebook](#)

Otros libros de la autora:

[Encubierta](#)

[Descubierta](#)

[Lláname Eva](#)

[La borde y dulce Lai](#)

[La borde y dulce Lai 2](#)